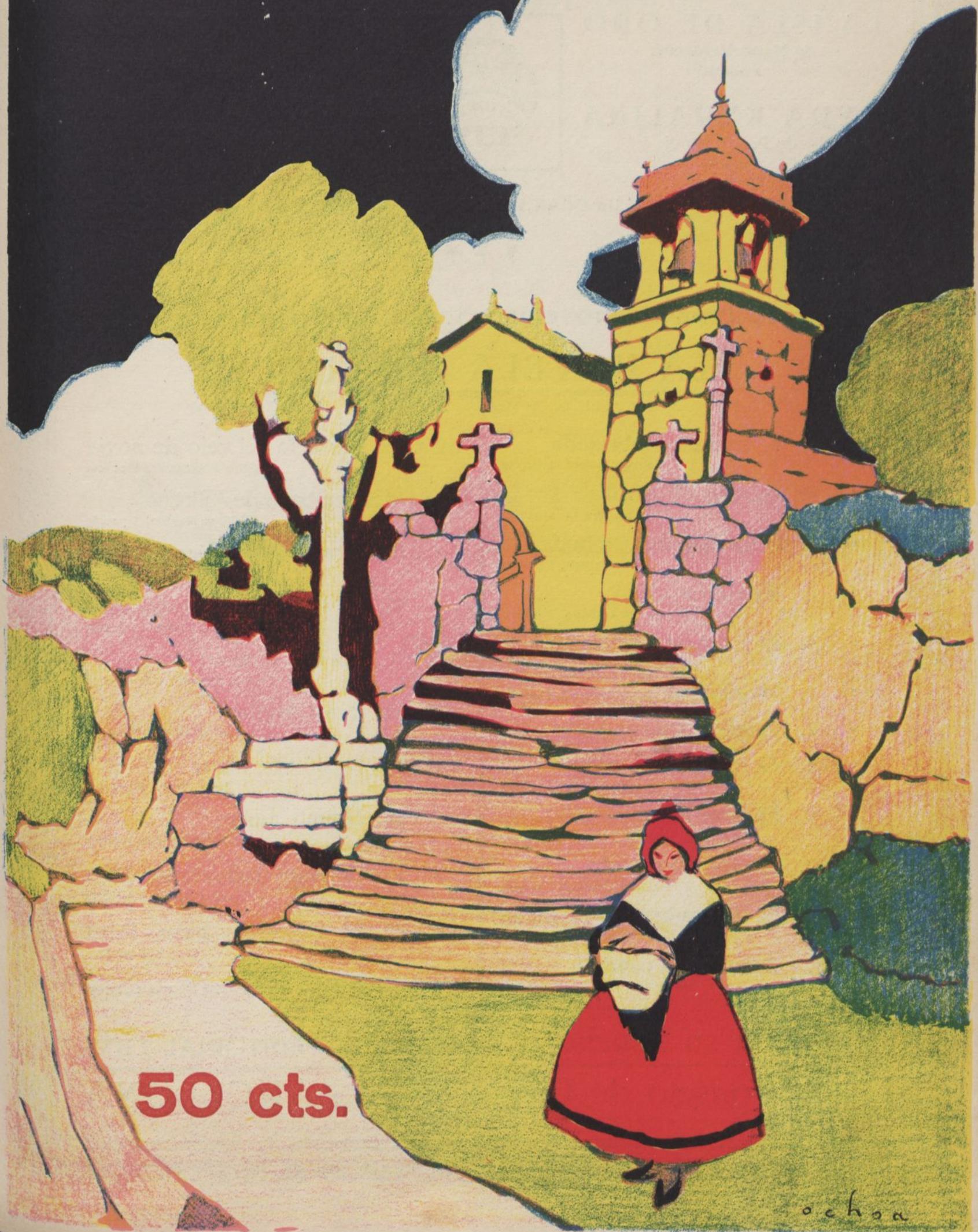


MUNDO IBÉRICO



50 cts.

ochoa

GRANDES ÉXITOS LITERARIOS

LA ISLA DE ORO

de Mario Verdaguer

5 pesetas

KYRA KYRALINA

de Panait Istrati

3 pesetas



MI TIO ANGHEL

de Panait Istrati

3 pesetas

EL MARIDO, LA MUJER
Y LA SOMBRA

de Mario Verdaguer

3'50 pesetas

NOVELAS TODAS ELLAS DE UN GRAN VALOR LITERARIO Y AMENA Y CULTA LECTURA



Una colección de novelas selectas que leerá con gusto

LA NOVELA MENSUAL

Núm. 1. a raqueta embrujada

Henry d'Asfeld, 1 peseta

» 2. Trenzas de Abril

Paulina Elman, 1 peseta

» 3. Murks prepara su boda

Scherman, 1 peseta

» 4. Veleidosa

Enrique de Leguina, 1 peseta

» 5. El error de Colette

Eveline Le Maire, 1'50 pesetas

» 6. Magdalena Julio Sandean, 1 peseta

» 7. Jocelyn A. de Lamartine, 1'50 pesetas

» 8. a casa de las pulgas

Abel King, 1 peseta

» 9. El gran amor

Guy Chantepleure, 1'50 pesetas

» 10. Novios sin saberlo

Tomás Orts-Ramos, 1 peseta

» 11. La conquista de la dicha

Champol, 1'50 pesetas

» 12. Amor en el camino

María Luz Morales, 2 pesetas

Núm. 13. Nuria, la del velo de novia

Adolfo Falgairolle, 1 peseta

» 14. Una hora de "flirt"

William Morton, 1 peseta

» 15. Amor subconsciente

Berta Ruck, 1'50 pesetas

» 16. La institutriz

Eugenia Marlitt, 1 peseta

» 17. Las dos Rosas

Carlota Braemé, 1'50 pesetas

» 18. Eva Glaytond

Carlota O'Neil, 1 peseta

» 19. Ladrón de amor

Marc Mario, 2 pesetas

» 20. Último amor

Jorge Onhet, 1'50 pesetas

» 21. El amo después de Dios

René d'Anjou, 2 pesetas

» 22. El Caballero Bella - Rosa

1'50 pesetas

» 23. Buena amiga De Rouget, 2 pesetas

PÍDALAS A SU LIBRERO O KIOSCO O A "EDITORIAL LUX"

Calle Consejo de Ciento, 347 : BARCELONA

MUNDO IBÉRICO a sus lectores subscriptores y corresponsales

No sólo por un lógico impulso de gratitud y cortesía nos dirigimos a cuantos nos han prestado su valiosa cooperación en estos primeros números de MUNDO IBÉRICO

Revista de índole esencialmente literaria y artística, dentro de nuestros ideales de iberismo, ha despertado la curiosidad y simpatía de los más cultos sectores de la vida peninsular

Y aunque apenas hay tiempo material para ello, hemos recibido ya de Portugal y varias repúblicas iberoamericanas inequívocas muestras del interés que despierta la aparición de una revista dedicada a ideales que están latentes en todos estos pueblos de común origen

A esas voces amigas de Portugal y América, respondemos ofreciéndoles nuestras columnas y enviándoles, en el más cordial saludo, nuestro agradecimiento a su deferencia

Una selecta lista de escritores portugueses e iberoamericanos, a quienes no consideramos como extranjeros, vendrá a figurar al lado de los literatos españoles que honran con su colaboración a MUNDO IBÉRICO

Una vez más, a todos nuestra gratitud y la expresión de nuestro deseo de ir perfeccionando y ampliando todos los servicios que requiere una publicación importante

MUNDO IBÉRICO

Consejo de Ciento, 374
BARCELONA

Boletín de subscripción

D. domiciliado
en ⁽¹⁾
calle núm.
se subscribe por a la revista MUNDO IBÉRICO,
poniendo el importe correspondiente a disposición de la Administración.

Firma:

(1) Junto al nombre de la ciudad o pueblo, indíquese la provincia

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
España, Portugal y América : Año 10 ptas.
Semestre 5'50. Otros países : Año 15 ptas.

MUNDO IBÉRICO

Revista Quincenal Ilustrada □ Director : Mario Verdaguer

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Consejo de Ciento, 347 : Teléfono 131-A

— PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN —

España, Portugal y América : 10 pesetas año
Otros países : 15 ptas. año * Número suelto : 0'50 ptas.

GALLETAS BIRBA

SON LAS PREFERIDAS

Compro y cambio sellos de todos
los países :: Contestación rápida



Dirigirse a Francisco de Querol
Calle Agua, 9 : SITGES-Barcelona

La dama de las camelias : La novela de una novela

Por TOMÁS ORTS-RAMOS

UN día, hace ya muchos años, el admirado maestro D. Armando Palacio Valdés, a quien yo quiero tanto y tanta gratitud debo, me decía aquí, en esta Barcelona, hablando de la novela en general, que el asunto no es de capital importancia, que lo que pone el artista en la manera de desarrollarlo es lo interesante y esencial.

— «A no ser que se trate de uno de esos hallazgos, que porque se han vivido o nos refieren otros, dan ocasión a uno de esos libros, como *La dama de las camelias*...»

Y no recuerdo bien las palabras que siguieron, ni me es preciso recordarlas tampoco en este momento, pues no he querido otra cosa ahora al evocarlas que hallar en ellas una justificación de esa perenne lozanía de una historia novelada, a través de los años, de las modas literarias y del cambiar de los gustos, hasta el punto de que pasado, o poco menos, el Alejandro Dumas de *Demi-Monde*, de *Mosieur Alphonse* y de tantas otras obras que llenaron toda una época, vive y perdura todavía el Alejandro Dumas, autor de la *Dame aux Camelias*.

Realmente sus breves amores con la heroína de su novela, con María Duplessis, que es como se llamó la inmortalizada luego con el nombre de Margarita Gautier, fué un episodio venturoso en la vida del artista, ese «hallazgo» de que hablaba el maestro Palacio Valdés, pues a él ha debido su triunfo mayor y más duradero, Alejandro Dumas, hijo.

El «hallazgo» tuvo lugar en el teatro de Varietés una noche de septiembre de 1884; contaba entonces el futuro gran dramaturgo veinte años de edad. Le acompañaba su amigo Eugenio Dejaré. María Duplessis apareció en un palco proscenio y hacia este se dirigieron todas las miradas de la sala. Aquella mujer de una belleza extraordinaria, de una distinción soberana, vestida toda de blanco, con un ramo de camelias blancas también en la mano, llamó poderosamente la atención de Dumas que no pudo menos que preguntar a su amigo:

— ¿Quién es esa mujer que se pinta los labios como una pelandusca y tiene el empaque de una reina?

— Es una reina en efecto — contestó Dejaré sonriendo — y de usted tan sólo depende ser súbdito de ella. Es nuestra cortesana nacional, la bella María Duplessis. Estoy viendo que siente usted grandes deseos conocerla. Vamos y yo se la presentaré.

Joven, elegante, bien parecido, hombre de ingenio e hijo de un autor famoso, fué favorablemente acogido por María Duplessis que se veía rodeada de amigos ricos, pero viejos. Aquella misma noche cenaba Dumas en casa de su nueva amiga y luego... la historia de siempre.

Algunos meses después — sigo en este relato casi al pie de la letra el que hace René Bertón — Alejandro Dumas le dirigió a su amante esta carta:

«Mi querida María: No soy bastante rico para quererla a usted como yo desearía, ni bastante pobre para que se me quiera como usted querría. Olvidemos, pues, los dos, usted un nombre que debe serle poco menos que indiferente, yo una dama que se me hace imposible.

»Inútil decirle cuánta es mi tristeza, puesto que ya usted sabe todo lo que la quiero. ¡Adiós, pues! Tiene usted demasiado corazón para no comprender la causa de mi carta y demasiado ingenio para no perdonarla.

»Mil recuerdos,

A. D.

30 de agosto, a media noche.»



Al día siguiente Dumas emprendía con su padre un largo viaje por España y Africa, y al regresar un año más tarde, hacía quince días que María Duplessis había muerto a consecuencia de la tuberculosis.

Pasaron dos años y hallándose de temporada en Saint-Germain-en-Laye con cierto amigo, un día en que éste se había ido a París, quiso Dumas dar un paseo a caballo y para alquilar uno se dirigió a casa de un tal Rovelet que tenía un restaurante campestre, donde se solían reunir los jóvenes alegres. Al ver a Dumas, sonrió Rovelet y en seguida le dijo:

— «Yo le conozco a usted, señor. Usted venía por aquí en otros tiempos con aquella pobre María Duplessis a la que nosotros llamábamos la «Dama de las camelias», y que ha muerto tan prematuramente...»

¿Se había olvidado de ella ya Alejandro Dumas?

Si a Marcel Proust el sabor de una magdalena remojada en té, tuvo virtud para evocar en su memoria los recuerdos de todo el largo período de sus años de Combray, a Alejandro Dumas el nombre de la que había sido su amante bastó, para despertar todo un mundo de recuerdos también, y parecióle tenerla de nuevo allí, ante sus ojos, en aquella misma terraza de Saint-Germain y... — como él contaba — en 1880 en una carta a Calman Levy:

«Apenas me encontré solo se me ocurrió la idea de escribir la historia de María Duplessis, o mejor, una historia sobre ella, y tan imperiosa fué esa idea que compré tres o cuatro cuadernos de papel grande, plumas, tinta, me encerré en mi cuarto del albergue «Le Cheval Blanc», que me costaba un franco diario, y empecé a escribir este libro mientras esperaba a mi amigo. Cuando volvió

éste para comer, me encontró entregado por entero a mi labor y con tal entusiasmo que no quise abandonar Saint-Germain sin haber escrito la última palabra. Fué asunto de tres semanas. Mi amigo había acabado por interesarse por mi obra que iba copiando a medida que yo la escribía, pero a condición de que había de ser para él el manuscrito original. Se lo di, en efecto, y se lo llevó en un viaje que hizo a las Indias, mucho antes de la apertura del canal de Suez. A la altura del cabo de Buena Esperanza, se desencadenó una tal tempestad que para evitar la pérdida del buque se hizo preciso arrojar al mar una gran parte de carga. El manuscrito de *La dama de las camelias* estaba en una de las maletas sacrificadas. ¡Qué fin tan hermoso!»

Tal es la historia de esa famosa novela que desde hace ochenta años, aproximadamente, interesa y conmueve a una generación tras otra, y que es muy posible que, andando el tiempo, sea lo único que quede de toda la obra de Alejandro Dumas, hijo.

Pauta y Arabesco

Por BENJAMÍN JARNÉS

I

Desdénemos toda norma estética que no goce de su bello y peculiar contorno, de una propia substancia bien distinta. También, la nota marginal de un texto que por sí misma no puede aislarse como texto. Mal arabesco el que no pueda hacernos olvidar un poco el muro donde se trazó. Mala aquella pincelada que no era precisa en la tela. Lo demás, no es ni literatura: menos mal si es buena erudición.

Quisiéramos que cada una de nuestras rotas iniciase en el lector una inesperada melodía, paralela a las ya gustadas en la obra glosada. Quisiéramos no tañer viejas zampoñas, no repetir ajenos temas. ¡Quisiéramos tantas cosas! También, no tener miedo a perder el equilibrio. Un hombre equilibrado suele ser necio o ruin. La balanza mental pocas veces está en el fiel: hay algo de plomo u oro en cada platillo. La vida lo fué amontonando allí, insensiblemente. Cada vez que usamos de la balanza, hallamos en ella pesos nuevos.

Ser imparcial es no ser nada. Tanto da neutralidad como vacío. Hay que resignarse a juzgar con muchos contrapesos, o a enmudecer. Todo artista—sea o no crítico—¿no habrá de ser apasionado?

II

Hay gran diferencia entre el proscenio y la pista. Arte de proscenio es arte de proyecciones, de enfoques de bambalinas. Arte de dos dimensiones. En el arte de proscenio, unas tiras de papel pintado pueden dar al ingenuo la emoción de un bosque. El escenario puede fiarlo todo a un plano.

Arte de pista es arte de irradiación, de limpieza y desnudez, de músculos auténticos. Arte de tres dimensiones, de innumerables perfiles. La luz, que en el proscenio podría ser para algún ser raquítico túnica encantada, en la pista es un verdugo que lo desnuda todo, implacablemente. En el ruedo, el arte se sumerge en un baño de claridad y de sinceridad.

Por eso, en la pista, el arte ha de ser más reflexivo, más a prueba de todas las flechas críticas. Allí el torbellino creador ha de ofrecerse más cribado, y las gentiles acrobacias deben gozar de ritmo más puro.

El arte nuevo prefiere la pista al escenario.

III

Es bueno intentar alguna vez la fuga de toda red fascinadora; hurtarse a la primera e inevitable sorpresa del arte, y avizorar serenamente en la colmena silenciosa donde se elabora la forma inesperada de creación, entrar en esa penumbra sensitiva donde las membranas se adelgazan y estremecen esperando las vibraciones más lejanas. Sorprender la actitud de cazador que adopta el artista ante las cosas transeuntes, su primer gesto de saludo, de incorporación de la vida circundante a ese mundo singular donde todo se somete a un nuevo molde, y aprende un nuevo idioma.

Y, sobre todo, fijar el instante en que la intuición alerta se debilita o muere y se ini-

cia o robustece la fantasía, en que la pupila estética se cansa de perseguir el hondo latido de las cosas y fía a las hermanas menores en la escala de percepción la tarea de cubrir de músculos y de piel coloreada los finos organismos sorprendidos en plena y vibrátil desnudez. Hay un momento de cansancio en todo creador, que decide a favor de la memoria o de la fantasía ese tenaz dilema entre la intuición indisciplinada, recreadora, y esas otras facultades reproductoras, acopladoras de fáciles y más asequibles elementos.

Aun en las grandes obras maestras, hay momentos de cansancio. El arte nuevo, acotador de más breves y acaso más gratas parcelas, puede asistir al desfile de las cosas sin sentir fatiga alguna. El espera, además, a que ellas le muestren sus aristas más finas, su curva más agil. Quiere situarse y escoger. Quiere ofrecernos un haz seleccionado de todas las posibilidades estéticas de las cosas, eliminar lo intuído con menos fragancia. Es un agudo geómetra que aspira a trenzar en la red de su prosa las precisas coordenadas.

IV

Los que cantan al compás de un arístón el himno clásico al arte petrificado—al arte «eterno», según ellos—, quedan invitados a asistir a una misma farsa, en dos tabladós diferentes.

Se trata de dos jóvenes desdénados por la amante: tema ni trascendente ni pueril, porque en arte el tema es nada, o casi nada. El primer doncel se adelanta, desmeleñado, hasta la batería, y nos recita cinco páginas de endecasílabos chorreantes de amargura. Si es discreto nos recita una sola, pero en ella nos habla de los mares, de los cielos, de los montes y del mismo eje de la tierra que «podrá romperse como un frágil cristal» sin que por eso se apague el fuego de aquel amor infortunado. El otro novio, que espera en vano la visita de la mujer frívola, se limita a cruzar por la puerta del cabaret donde ella ríe y bebe, y a escrutar un momento en su interior. Después abatida la cabeza, con un solo y definitivo gesto dramático, desaparece.

El impetuoso torrente que en el primer enamorado—Becquer—nos salpicaba con su abanico de románticas espumas, en el segundo—Charlot—se va apretando, adelgazando, hasta fundirse en un hilo tembloroso, porción refinada de materia vibrante de donde el arco genial arranca la clara frase patética que todos conocemos.

Un poeta de hoy, Pedro Garfías, nos referiría la escena de este modo:

«Entre el cortejo de tus risas, pasa mi voz enlutada.»

V

El buen bailarín sólo necesita una baldosa. Como el buen novelista sólo necesita un gesto o la ausencia de un gesto. Proust construye una espléndida arquitectura sobre la frágil primera piedra de un beso fracasado. Charlot enlaza una sutil cadena de emociones a un primer brote, a una primera sombra de emoción.

Es que en ellos la limitación es creadora. Hundidos voluntariamente en cualquier grieta abierta en la roca viva, siguen rasgando

el corazón de la montaña, hasta dejarla toda socavada por un maravilloso túnel. En vez de recorrer vagamente el paisaje, ellos enfilan sus prismáticos a una parcela cualquiera de terreno. En una excursión, el viajero más curioso es siempre aquel que ha visto menos cosas, porque se contentó con detenerse ante una sola.

Non multa, sed multum—decían ya los viejos dómnes—. Nadie menos viajero que el poseedor de un coche ostentoso. El viaje consiste para él en ir de prisa. Lo mismo, en el arte. «La vuelta al mundo de un novelista» es la excursión de un colono que sale a recorrer sus plantaciones de novela, para calcular la próxima recolección. Nadie menos curioso de las maravillas de la tierra que un agricultor, como nadie menos curioso de las bellezas orográficas que un ingeniero de montes. Es preferible un alpinista.

VI

Conservar la línea del cuerpo y del espíritu. No amputar un solo miembro, *aunque nos escandalice*; pero reducirlo a ley de armonía. Ese imperioso anhelo de extirparse el alma y esparcirla destrenzada, desmeleñada, por el éter, que acomete a tantos espíritus centrífugos, es sólo un penacho generoso que debemos conservar para los días de gran gala del espíritu, en que nos des-perezamos sobre los muelles cojines de la «azul fantasía».

Días de gran gala, días de ocio, días de ostentación... Recuérdese que para el buen artista, todos son días de labor.

Al buen escritor se le conoce por su traje de diario.

VII

Mucho cuidado antes de coincidir con cualquier vecino de butaca. Una noche Stendhal escuchaba indignado una mala ejecución de «Armida». De pronto oye decir:

—¡Esto es detestable, es indigno!

Y Stendhal agrega, complacido:

—Tiene usted razón.

—Es indigno—continúa el vecino—¡que esos músicos no vistan de calzón corto!

No fiarse tampoco de las llamadas «lecciones de la vida»—tan útiles siempre a algunos grandes novelistas, a un tiempo «grandes vividores»—. Cuenta el mismo Stendhal que Voltaire intentaba hacer aprender el arte de declamar a una bella amiga aficionada al teatro. La joven comenzó, al fin, a recitar el papel de Aménida; pero el maestro, sorprendido al ver una extraña frialdad en su discípula, le dijo:

—Pero, amiga mía, si un amante te hubiese traicionado, huyendo de ti cobardemente, ¿qué harías tú?

—Buscarme otro—respondió sencillamente la muchacha.

VIII

El gran enemigo del pensamiento, es la prosa; como el gran enemigo del poema es el verso. Toda la ambición de uno y otro debe cifrarse en vencer a su enemigo, en encadenarlo, en convertirlo en escabel.

Pero no olvidar que San Miguel debe todo su prestigio—y todo su pedestal—al diablo. Pero no olvidar que el artista debe toda su altura—y toda su firmeza—a sus días de artesano, a sus horas de aprendiz.

Dos cuentos de "Mundo Ibérico"

El engaño del pedir

Por VICENTE DIEZ DE TEJADA

El Xerif de Uamma—¡ Santo, santo, santo ; tres veces santo ! ; La salutación de Alalac sobre él !—, descediente por línea recta de varón a varón del glorioso califa Omar, primo de Mahoma (Mohamed: aliento de Dios), era un poderoso príncipe musulmán, pio y misericordioso, dotado del don celestial de la profecía (decíase de él que tenía seis dedos en cada pie) y de la no menos divina gracia de operar milagros, ni más ni menos que los grandes taumaturgos que en la historia, cobijados por el palio de oro de la leyenda, viven eterna vida.

Curaba toda clase de enfermedades con la sola imposición de sus manos sobre la débil cabeza del paciente ; con saliva de sus labios devolvía la vista a los ciegos ; con el tibio avahar de su boca daba la palabra a los mudos ; con la suave yema de sus dedos abría el oído a los sordos, y con el solo contacto de sus vestiduras recobraban la razón los perturbados, enderezábanse los tullidos, rompían a andar los paráliticos y reposaban los perléticos, esclavos de la duda ; con sus testas inquietas condenadas a eterna negación.

Había quien juraba haber visto casos repetidos de todas estas curaciones ; algunos aseguraban haber sido ellos mismos los curados, arrancados de las garras de fuego del morbo cruel por los dedos de misericordia del Xerif, otros, humildes y sinceros, repetían lo que habían oído decir a quienes, a su vez, lo habían oído contar ; pero todos, con la llama de la fe en los ojos, el lirio de la sencillez en los labios, la brasa ardiente de la piedad en el pecho..., y el duro talón del recio pie aplastando la chata cabeza de la silbadora sierpe de la duda.

En los áridos años de sequía—¡ oh, esto bien lo sabía todo el mundo !—, en los años de maldición, años estériles en los que el sol riega la tierra abrasada con plomo derretido ; cuando los cielos, airados por los pecados de los hombres, envían a los campos la granizada viva de la langosta, mil veces más destructora y temible que la piedra misma ; el insaciable, el voraz insecto que aun lleva adherido a las sierras de sus palas el fango de los pestilentes lamedales de más allá del desierto ; cuando flagelados por el azote de Dios, perdida ya toda esperanza, descalzos y mochos acudían los creyentes de todo el imperio a prosternarse ante la magnificencia del santo, santo, santo, Xerif de Uamma—¡ sobre él la salutación !— para implorar de su poder sobrenatural el beneficio inmenso de la lluvia ; lluvia de agua pura y fresca, que humedeciera piadosa las reseca fauces de la tierra sedienta, de la madre tierra, socarrada por los dardos de fuego del sol inclemente ; lluvia bendita que es pan y es

vida, y salud y abundancia, y alegría y paz... Entonces..., entonces el Santo detenía en sus dominios a los peregrinos todos, sometidos a duros ayunos y a oración ferviente ; y si bien algunas veces, pasados que eran unos días, despedíalos sin esperanzas, por enojos de *Al-lah*—¡ bendito él sea !—, ocurría en otras ocasiones que allí los retenía

ción de la promesa, la parda piel de camello del nublado... Entonces, el taumaturgo Xerif despedía a los postulantes diciéndoles :

—*Al-lah* el Grande, el Misericordioso, el Señor de las Cosechas, fuera del cual no hay Dios—¡ bendito sea su alto nombre !—, se ha compadecido de vosotros. Marchaos ; que antes llegará el agua a vuestros campos, que vosotros a vuestros *aduares*...

Y siempre, siempre, al menos casi siempre, ocurría así ; porque si alguna vez el agua se volvía atrás y las nubes, sorbidas por los besos del alto luminar, se esfumaban como las brumas del lago, y en el cielo de índigo volvía a relucir abrasadora la salamandra del sol, ¡ ay !, cierto, cierto, como es Mahoma profeta de Dios, que por los pecados de los hombres ocurría tamaña desventura y castigo tan grande... ¡ No creáis, no, a los perros nazarenos cuando os digan que el Santo tenía en sus moradas un tubo de cristal que llegaba al cielo y que avisaba la lluvia ! ¡ Aullidos de la impiedad son éstos !...

Pues ocurrió que el Xerif—que, cuando



esperanzados ; y a medida que los días se deslizaban, se sublimaban las mortificaciones y las plegarias se enardecían, ibanse los radiantes cielos de cobalto cubriendo de veladuras tenues como alquícules vaporosos, alfardes de tul o almaizares de gasa ; cendales cándidos como velos de novia ; y, tras ellos, los blandos vellones de las nubes, nieve orlada de oro por los besos del sol, comenzaban a rodar por el firmamento meciéndose ingravidos en las alturas, atropellándose, amontonándose, fundiéndose, hasta extender sobre la tierra, palpitante por la emo-

quería, se trocaba en león y, cuando le venía en ganas, se convertía en cordero—decidió irse al Paraíso a gozar eternamente de las delicias prometidas a los justos ; y una mañana halláronlo muerto sus esclavos sobre los almohadones de pluma y seda de su lecho.

Y cuando lo llevaron a enterrar a la *raída* lejana, él mismo, alzándose por los aires, voló hasta la santa *zauia* en que bajo tapices de damasco y de velludo bordados en oro se cierran las tumbas veneradas de sus mayores. Y uno de los que asistían al se-



pelio, picado por la ambición—que es una de las uñas de *Schitán*—parece ser que dijo:

—¡Oh, cómo yo quisiera ser aquí enterrado!...

Y en el acto, abriéndose a sus pies el pavimento, se lo tragó la tierra.

—Riquezas, que no sepulcros, quería yo, dijo otro ambicioso.

Y cayendo sobre él la gran lámpara de oro del santuario, lo aplastó, como aplasta al escorpión venenoso la babucha del caminante.

—No seré yo quien hable, exclamó, asustado, un tercero.

Y en el acto perdió el habla para siempre.

Con lo cual vieron todos que el santo concedía, liberal, aquello que junto a su tumba érale demandado; y que no era más de una la gracia concedida.

—Lo que no vió nadie, porque *Al-lah*—¡bendito sea su nombre!—no quiso que se viera, fué que todas las concesiones llevaban consigo aparejada una desgracia; aunque bien alto lo habían pregonado los tres casos primeros.

Extendióse la nueva por todo el impedio hasta acariciar con sus blandas alas de pro-

misión los más apartados *aduares*, y en apretadas bandadas, como nubes de langosta obscurecedoras del sol; y en caravanas interminables, como las que marchan a postrarse ante la Santa *Caaba* de la Meca, acudían los creyentes aguijoneados por la ambición de lograr aquello que diputaban por más precioso o por más necesario. Todos fueron complacidos; todos marchados satisfechos; que son inagotables los manantiales del Señor.

Pidió el pobre riquezas; y con ellas, como verme en el corazón de la poma, llevóse el gusano roedor de la intranquilidad, del desasosiego, de la desconfianza... Alguno, alguno con la devoradora larva, llevóse también el dragón insaciable de la avaricia; el basilisco horrendo de la soberbia; la sierpe viva de la ambición insaciable.

Riquezas pidió el siervo explotado bendecido por *Al-lah*; y con ellas se trocó en explotador inclemente, que *Al-lah* maldice...

Riquezas el mancebo fuerte, cuyas viriles energías se ahogaban estranguladas por la miseria; y con ellas cayó en brazos del desfreno; que por las sendas floridas del vicio lo llevó al agotamiento y a la muerte.

Y fueron los más los que demandaron riquezas, hasta los enfermos, ¡hasta los ricos!; que el señuelo brilla con sus espejillos inquietos, y sedientas están siempre las alondras. ¡Riquezas, riquezas; oro, dominador del mundo, del cual nos desprendemos con más dolor que de la propia vida!...

Salud pidieron algunos, no muchos; que los más por medio del dinero pensaban alcanzarla; y uno, que mató al dolor—dolor amigo que avisa, que previene—sin él se entregó, inerte, al morbo traidor que roe y mata; y sin dolor murióse.

Poder, solicitaron muchos, y con el don lleváronse la pesadumbre de la responsabilidad; y en torno suyo crecieron el semillero de los descontentos, el plantel de los envidiosos y la almáciga de los ingratos.

Amor, unos; y por la herida abierta por la inflamada flecha de Cupido, tras el ángel amor penetró el demonio de los celos.

Belleza, otros; y con ella se llevaron los llantos de la primera cana; las melancolías de la arruga primera; el terror al tiempo que corre, a la vejez que llega, a la Descarnada que se aproxima..

Y así muchos, y así todos...

De espolique de un poderoso magnate acudió al santuario venerado el esclavo *Bu-Shamá*, de rostro negro como el dolor de los condenados, de alma cándida como la nieve de las cumbres.

Pidió el señor—Bajá de extensos territoris—la victoria sobre sus poderosos enemigos; y al partir, confiado, desertando al sepulcro del Xerif, dijo al siervo:

—Pide tú también; que también tú eres hijo de Dios. Pide una sola cosa; que aunque ser amo de tu amo demandares, te será concedido.

—Señor, contestó el esclavo prosternándose. ¿He de torcer yo los caminos de *Al-lah*?

—Por el Profeta, que no te entiendo; ¡Pide!

—Xerif de Uamma: niño es el hombre que ansía la llama que arde y quema. *Al-lah*—¡bendito sea su nombre!—sabe por qué me ha hecho como me hizo. ¡Quiero seguir así toda mi vida!... Esto pido, respondió el siervo, resignado.

Y cuando el poderoso bajá llegó a su palacio con la noticia de la victoria lograda por sus tropas, sorprendiéronle, emanadas del sultán, celoso de su triunfo y temeroso de su fuerza, orden de prisión y sentencia de muerte... Y al sucumbir en la negra mazmorra, degollado por vencedor, dirigió al humilde *Bu-Shamá* una postrera mirada de admiración hacia aquel que supo tener cuanto quiso con sólo querer cuanto tenía.

Y éste es el camino de la felicidad. Y a los que por él la buscan, todos los Xerifes se la conceden.

¡Amen, amen, amen!...

Que pasado de la algarabía al latín, quiere decir: ¡*amén*!

Y traducido al romance, significa: ¡Así sea!...

¿No te parece inmoral el propagar lo extranjero viendo que causas un mal al patrono y al obrero?

De la campaña pro-producción nacional de la "Sociedad de Estudios Económicos"

El cuerpo astral de Rodríguez

Narración fantástica por DOMINGO DE FUENMAYOR

Yo, por aquel entonces, era muy feliz. Pero este no es detalle que distinga claramente un momento determinado de mi vida, bien pocas veces desgraciada «antes de la muerte de Rodríguez». Mi anhelo de felicidad ha sido siempre tan modesto, tan modesto, que la realidad de la humilde bienandanza lograda, superó en todo momento a mis aspiraciones.

Ahora también podría sentirme plenamente feliz. Viven aún mis padres—arrugaditos, chochitos, «hechos una pasita», ya, los pobres—, tengo una mujer que me ha hecho padre de seis hijos y mi sueldo de oficial segundo de Administración civil nos permite sostener el hogar dignamente: esto es, en plan de vida de «obreros distinguidos», que no en el doloroso «quiero y no puedo» de la clase media.

Mis cuatro hijas, visten como unas limpias y laboriosas menestras; no usan lujos ni perifollos, pero lo que no va en lágrimas va en suspiros. Dicho en lenguaje vulgar: lo que otros gastarían en sombreretes y bisuterías, lo empleo yo en sustanciar el familiar puchero.

Mis dos hijos varones, están terminando la carrera. Fernando, va a ser médico; Juan, abogado. Quince años de insignificantes privaciones—el tabaco, el café, la ilusión de escuchar algún drama los días que repicaban gordo—, me ha permitido colocar a mis chicos frente a la vida, en condición de luchar bien pertrechados. Y a las niñas también; las niñas, el día que se me saque de casa «con los pies para adelante»—¡y ojalá que se tarde mucho!—, sabrán contribuir a su mantenimiento, si es que antes un buen mozo no se convierte en nuevo hijo; o cuatro buenos mozos, mejor dicho...

De intento hablé antes, como de pasada, de mi mujer, mientras «se me llenaba la boca» refiriendo las gracias que sobre el porvenir de mis retoños he dejado caer. Mi mujer es acreedora, no al «párrafo aparte» del tópico, sino a cuantos párrafos yo perseñe; y aún debería utilizar el blanco de los márgenes, si hubiera de encomiarla en la medida que ella se merece.

No obstante, yo creo que en realidad mi mujer no ha existido nunca; por cuenta propia, por lo menos. En los años de novia—ocho años, señor, hasta obtener la credencial que había de hacer posible la coyunda!—, fué una prolongación de mi pensamiento; una prolongación del de los hijos, luego, subvirtiendo así el orden natural de las generaciones. Si yo me atreviera a decir que mi vida fué un soneto, mi mujer había de ser el estrambote de ese soneto, falto sin él de belleza completa.

Mi mujer lo es todo en la casa, lo ha sido todo en mi vida, y, no obstante, apenas se percibe uno de que existe. Dejó huellas de perenne dulzura en mi alma, y parece que no hizo sino deslizarse: volar, mejor dicho; como una mariposa blanca, que fuera flor al propio tiempo; aroma en el ambiente, y cáliz donde librar todas las inefables ambrosías. Se llama Paz.

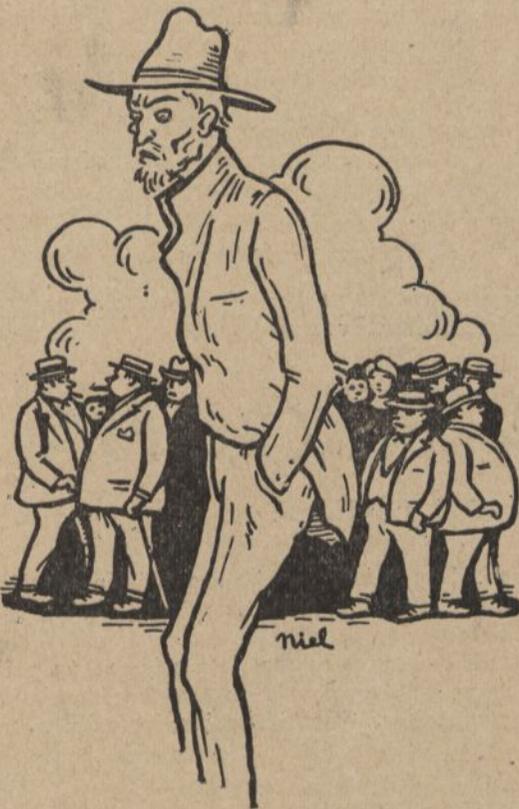
Yo, por aquél entonces—volvamos a tomar el hilo de esta historia—, era muy fe-

liz. Paz, me acababa de dar el sí: ya ve el lector si hemos de remontarnos para enhebrar la aguja. Pero, lo expresé mal. Paz, no me dijo que sí; ocurrió, sencillamente, que no me dijo que no. Aceptó tácitamente, como siempre. Y no es que Paz sea una resignada ni una indiferente, no; acepta la felicidad, y nada más; la toma, sin formalizar verbalmente el deseo de tomarla; como algo de que uno se sabe merecedor.

Yo hubiera podido continuar siendo tan feliz como entonces. Pero murió Rodríguez. Y Rodríguez, el pobre Rodríguez, que en vida no hizo mal a nadie, me cercenó la felicidad después de morir.

¿No recordáis a Rodríguez? Ya veréis, ya veréis como haréis memoria si continuáis leyéndome. ¡Si todos lo habéis conocido!...

Cuando yo conocí a Rodríguez, podría éste tener treinta años; pero nada me hubiese extrañado saberle más allá de la cuarentena. Los desheredados y los mimados



de la fortuna, tienen este solo punto de coincidencia: la adquisición de una edad indefinible; las privaciones, por lo visto, pueden tanto en tal caso como los afeites; y una dieta forzosa, conserva «la línea» como un masajista con todas sus artes en ejercicio.

Contaban ya entonces como antecedente sumido en la noche de los tiempos, que Rodríguez había ocupado un puesto decoroso dentro de la burocracia oficial; y que tuvo una familia y un hogar. Pero la muerte, un mal día, se llevó todo esto; todo, menos al pobre Rodríguez. Si bien tal vez no fuera verdad nada de ello, pues que era el mozo, por su aspecto, como un perro que nunca hubiera tenido amo ni ligación de afectos; un perro vagabundo y famélico.

Su saludo era este:

—Buenos días, amigo. Va usted a dejarme dos pesetas—decía, y se ruborizaba un poquito.

Tiempo atrás, había pedido diez duros, cinco, tres, uno... A medida que la gente

se le mostraba esquiva, parecía rebajarse la capacidad peticionaria del sablista.

A veces, después de darle la moneda de plata, le preguntaba yo:

—¿Para qué quiere usted las dos pesetas?

Y él respondía:

—Para comer. Desde anoche no pruebo bocado.

Nunca había probado bocado «desde anoche». Era extraño, pero en sus ojos, opacos de hambre, había como una tenue luzcita de verdad.

Un día, prolongué el interrogatorio:

—¿Por qué no trabaja, Rodríguez? No es muy digno vivir como usted vive.

El misero, balbuceó:

—No es nada digno. Pero no hay trabajo para mí.

—Sin embargo, quizás yo pudiera, entre mis amistades...

—No lo conseguiría. Cuando se es un «sablista», no se puede ser ya nada más. La gente parece rehuir al sablista, pero no hace nada para redimirlo. ¡Es tan grato poder decir que se ha dejado uno sablear por Rodríguez!... Si los Rodríguez de la tierra recibiéramos cuanto dinero dicese que se nos ha dado, pasearíamos en automóvil, a buen seguro...

Era un botarate Rodríguez, sin duda alguna. Pero costaba tan poco socorrerle, que continué haciéndolo durante algún tiempo y siempre, claro está, en la medida de mis fuerzas.

No tenía mérito alguno la caridad que yo ejercitaba. Al entregar las dos pesetas—la peseta, más tarde, cuando el sablista rebajó todavía sus pretensiones—, bien sabe Dios que no pensaba sino en mis hijos: «¡si un día Fernando o Juan se vieran así!...»

Pero, me cansé. El egoísmo y—¿por qué no decirlo?—, mis propias necesidades, pudieron más que mi caridad atrita. Por primera vez, esquivé tropezarme con Rodríguez; luego, negué resultantemente la limosna. No volvió a importarme: se murió.

Alguna vez, Paz, me preguntaba:

—¿Y Rodríguez? Hace tiempo que Rodríguez no te pide nada.

—Sí, realmente hace tiempo. Se habrá colocado.

Yo—que Dios me perdone—, no había «matado» a Rodríguez para mi hogar. No lo utilicé nunca, pero es tan conveniente, a veces—pensaba—, contar con un sablista a quien se le han tenido que entregar, «por que desde anoche no comía», las pesetillas que en el sueldo faltan al entregarlo a la mujer, el día primero...

Pecado de insinceridad para con mi bonísima compañera, que acaso se salga, por lo estúpido, de la venialidad. ¡Prepararme «trucos» yo, que ni fumé ni bebí, para pagar las matrículas de los chiquillos!...

En el pecado, en la estupidez, llevé la penitencia.

Un día, las tareas burocráticas me habían retenido más de lo acostumbrado y abandoné la oficina después de las dos de la tarde, en esa solución de continuidad que la hora de comer presta a los mil ruidos del tráfico ciudadano. Por las calles, entonces, reina el silencio, casi, y son muy escasos los viandantes: algún empleado que—como yo aquel día—, retrasó la salida, o cualquier infeliz que vive demasiado lejos de la

tarea y ha de emprender, «con el bocado en la boca», el regreso para el trabajo de la tarde.

Tenía hambre, pero no andaba por ello demasiado de prisa, como el hombre que sabe que la comida le espera, a punto, para cuando llegue. Paz aguardaría en el balcón y al verme doblar la esquina, «echaría el arroz». Cinco minutos después, lo comeríamos. El arroz—Paz lo condimenta estupendamente—, me gusta mucho y por anticipado me iba relamiendo, cuando...

Por la misma acera, frente a mí, vi a Rodríguez, que avanzaba, avanzaba y se tropezaría conmigo, irremisiblemente. No soy miedoso, pero temblé. No podía ser efecto de una debilidad no excesiva, sin duda. No era alucinación, sino Rodríguez, el mismísimo Rodríguez—mal afeitado, hambriento, raldo, tranqueante—, el propio Rodríguez muerto y enterrado meses atrás, que venía hacia mí.

Debió verme, porque aceleró el paso, produciendo extraños «raps» en el pavimento, como si calzase unos sonoros zuecos en lugar de sus pobres botas rotas. Tropezamos casi, y me colocó una mano en el hombro; una mano, «que no pesaba», como si no poseyera otra cualidad que la de levitación; la proyección de una mano. Balbuceé, deteniéndome, intentando sonreír:

—¡Rodríguez! Pues si me habían dicho...

—Y no le engañaron: he muerto—dijo, y su voz tenía sonoridades metálicas; su aliento olía a moho, como si por su boca se en-

trase a una cueva largamente abandonada. No me convencí, enpero, y simulé echarlo a broma:

—Vamos, Rodríguez, ¿a que si le doy unas pesetillas resucita usted?...

Rechazó, despreciativo:

—Para nada necesito las pesetas, ahora, cuando ya me morí de hambre, mientras toda la ciudad comía. Es decir, toda no: hay una minoría que no come; pero se resiste poco: hoy uno, otro mañana, mueren todos. ¡Somos muchos ya, muchos!... ¡Oh, no lo sabe usted bien, no lo saben bien los hombres que comen varias veces al día!...

—Bueno, bueno, pero, muerto o vivo, ¿le puedo ser útil en algo?

—En nada. Mi cuerpo astral no necesita nada; puede vagar cuantas horas quiera por las calles de la ciudad sin que le flojeen las piernas ni la cabeza...

* * *

Si el cuerpo astral de Rodríguez no me siguiera muchas veces, haciendo sus extrañas piruetas de debilitado, yo sería completa, modestamente feliz, como «entonces», cuando mi novia bonita me dió el sí porque no me dijo que no.

De poder volver a seguir los caminos de mi vida, ¡con qué calor de amor fraterno socorrería a Rodríguez!...

Es tan sencillo, realmente, acordarse de los Rodríguez que no comen, de los cuerpos astrales que vagan maldicientes por las calles, a las horas de comer...

cido del «Rey intruso», y, así, cuando éste salió de la Península, también tuvo Fernando Sors que emigrar refugiándose en Francia, donde se dedicó por entero a la composición de música.

En París primero, en Londres después y en Moscú más tarde, dió a conocer sus producciones, acompañándole siempre el éxito más lisonjero.

Tan grande llegó a ser su fama que el gobierno ruso le encomendó una marcha fúnebre para las exequias del emperador Alejandro.

La obra de Sors fué un canto sublime a la grandeza de aquel rey, que durante algún tiempo había sido árbitro de los destinos de Europa.

La marcha, oída por los representantes del mundo entero, resultó un trabajo magistral, que acrecentó notablemente la reputación del músico barcelonés.

En Rusia también intervino con sus composiciones en las fiestas de la coronación del Czar Nicolás I.

A pesar de sus ruidosos éxitos como compositor, nunca abandonó la guitarra, en la que hacía verdaderos primores, porque sabía aunar su talento prodigioso, con una asombrosa habilidad en la ejecución. Las obras que escribió para su instrumento favorito son, a juicio de los técnicos, verdaderas joyas de melodía e inspiración, y al decir de uno de sus biógrafos, «las sonatas que compuso son de una pureza clásica que no hubiera desdeñado el mismo Haydn y sus primorosos minúes de una elegancia no menor que los del divino Mozart.»

Fernando Sors, después de recorrer las principales ciudades europeas, volvió a París donde le sorprendió la muerte el 10 de Julio de 1839.

Nuestro compatriota en ningún momento de su vida, a pesar de las causas de su destierro, dejó de hacer protestas de su más puro españolismo y de ello da idea la siguiente anécdota:

Encontrándose en Rusia una dama de la corte le preguntó:

—¿Cómo podéis componer una música que siendo tan alegre emociona tanto?

—Porque soy español, señora—contestó Fernando sin ocultar su orgullo.

UNA GLORIA NACIONAL

Por ALBERTO DE SICILIA

A medida que se van estrechando las relaciones de España con los pueblos americanos, parece que van reviviendo, entre nosotros, como impuestos desde allá, ciertas cosas y costumbres que ya teníamos en olvido.

Tal ocurre con la guitarra, «ese delicado cajón de cuerdas con sensibilidad y alma», como la denominó Figaro, que es:

¡Testigo de muchas penas
y de muchas alegrías!

según ha dicho Fernández Ardavin.

El expresado instrumento, hasta hace poco, solía dar fe de vida de tarde en tarde, en manos de unos cuantos románticos, en quienes había que admirar, no sólo su paciencia, entusiasmos y refinado gusto artístico, sino su acendrado patriotismo, porque iban difundiendo por todas partes las dulces melodías de nuestra música popular; pero, ahora que todo artista que llega del otro lado del mar y como recuerdo cariñoso a la vieja madre, trae en su equipaje unos aires de guitarra, vuelve ésta a brillar con el más vivo resplandor, y, a introducirse, con todos los honores de su rancia extirpe, en los teatros aristocráticos y en los salones del gran mundo.

Por eso consideramos oportuno dedicar unas líneas al que supo enaltecer con pericia y arte sin igual el popularísimo instrumen-

to. Nos referimos al gran músico catalán Fernando Sors, nacido en Barcelona en Febrero de 1778.

Fuó nuestro compatriota más que un guitarrista excepcional, un excelente maestro compositor. Escribió varias óperas y gran número de bailables, acusando en todos sus trabajos una inspiración prodigiosa y una lozanía insuperable.

Desde sus primeros años demostró mucha afición a la guitarra y, siendo niño aún, compuso algunas piezas para ella, revelando una intuición musical tan extraordinaria, que hubo de dedicarse por entero al estudio del divino arte, con tal aprovechamiento que a los 18 años estrenaba su primera obra en el teatro Principal de Barcelona. Titulábase «Telémaco» y figuró mucho tiempo en los carteles.

Animado por este triunfo marchó a Madrid, donde encontró la protección de la duquesa de Alba. En la corte se dedicó a escribir música para los oratorios con positivos resultados económicos, hasta que sus deberes militares le hicieron poner una tregua en la tarea.

Intervino en la guerra de la independencia y en premio a su heroísmo llegó a obtener el empleo de capitán; más esto, lejos de favorecerle le produjo una serie de contratiempos y desventuras, porque al empuñar el cetro de España el hermano de Napoleón, el notable músico se mostró partidario de-



—Mamá! Mira a este señor que también va vestido de niño.



GOYA: La era. (Museo del Prado)

DE UN CENTENARIO

Elogio de D. Francisco de Goya y Lucientes

por MARIO VERDAGUER

Ese don Francisco de Goya y Lucientes, del alto sombrero de copa y de las recias patillas aragonesas, pasó por el arte español dejando una estela virulenta de formas, de colores y de luces.

Apareció por el año 1761 en Madrid, cuando Juan Bautista Tiepólo espolvoreaba sus cuadros con el más sutil licopodio italiano y ponía galgos y cortinajes en los escenarios paganos; y estaban de moda Lucas Jordán, el obrero sabio en mezclar en la alquimia de su paleta la siena quemada con el minio, y aquel otro artífice de los colores medios que se llamaba Conrado Giaquinto.

Don Francisco se vió delante el gran modelo insospechado, decadente y tumultuoso, de la vida española. Vió el gran cuerpo desnudo de España, entre harapos y sedas, por cuyas rendijas y repliegues aparecía la carne ocre y reseca de la tierra maja. Estaba en la gran solana de Madrid, donde fermentaban mezcladas la

muerte y la vida, y él comenzó a revolver los pinceles en aquella masa espesa, a xapurgar y a empaparse para la gran faena. Aventuras, persecución de mujeres casa-

das, embozados y querellas y randebús ante la casaca florida de Floridablanca.

Luego se hizo torero. Revolcones en todas las lizas castellanas donde besó a su placer aquella tierra tan ocre y tan caliente, a la cual debía sacar tanto jugo.

Después cuatro años en Italia huyendo del clasicismo, importándosele un comino todas aquellas figuras tan serias y tan místicas y tan envueltas en ropajes.

Él, que comenzaba a volverse sordo, no podía oír las palabras dulces y quedas de la sirena italiana; era precisa el habla fuerte y clara, la sonoridad española para que oyese algo en su interior y, entonces, comenzó a oír por los ojos, a convertirse los sonidos en sinfonías de colores y de formas y, así, con los oídos tapados y los ojos muy abiertos, volvió a caer dentro de Madrid.

Como era descarado y valiente, no tuvo temor; se plantó allá con su cuello de toro y sus labios sensuales que comenzaban a extasiar a las duquesas. Entonces fué cuando hizo la cosa más grande e

inospechada: pintó toda la historia de España, desde 1750 a 1820.

Y había mucha tela que pintar. Estaba allí, en hilera, la familia de Carlos IV, blancas pantorrillas, casacas y bandas, y el escote alevemente empolvado de la reina



Copia del autorretrato de Goya por D. Bernardo Rico



GOYA: Doña Tadea. (Museo del Prado)

Luisa; la llama triste y roja del Delfín y la cara de Godoy, cuya canonización preparan los historiadores modernos. Detrás estaba el pueblo estúpido, los frailes lúgubres, las brujas igualándose al pueblo, esqueletos comiendo sopas y hombres riñendo a garrotazo

limpio en las puertas de las ventas. Era un gran desbarajuste exaltado que hervía en el revuelto puchero nacional.

Y don Francisco fué el primer pintor de Cámara con cincuenta mil reales. Y comenzó a traer grandes cosas al dominio del arte.

Dió un salto acrobático por encima del Tiziano, del Veronés y de Palma, y también hizo justicia a su tiempo.

Su gran policromía española se extiende palpitante y jugosa, intensa y viva. Todo es flúido o suave, todo se mezcla con un poco de delicadeza afrancesada y un mucho de su sensualismo cerebral.

Todos sus personajes viven y respiran en una atmósfera palpitante y brumosa, aromática casi en los paisajes que se hundan en el fondo, como dentro del agua maravillosa de las lejanías.

Allí hay una amalgama de castas; las damas aristocráticas se disfrazan con los vestidos de la chusma.

La duquesa de Osuna agoniza con sus hijos en una atmósfera inquietante, por donde pasan por la primera vez en el aire de España las ráfagas enciclopédicas de Juan Jacobo Rousseau.

Ricos trajes de paño fino con cabos rojos, blancos violeta, blancos grises, caras alargadas donde florece la sonrisa triste y sensual. Ojos llenos de curiosidades infantiles. Personajes carnales y personajes etéreos.

Verdaderamente, Goya no adulaba a Nadie.

Estaba allí el pueblo bravío que se preparaba para el Dos de Mayo.

La reciedumbre de Goya se armonizaba muy bien con aquellos pechos y aquellos corazones valientes de nuestros viejos militares. Palafox y Urrutia.

Goya se identificó con aquellos caracteres nobilísimos, con aquellas palabras de Palafox: «Horca y cuchillo».

Y comienza luego a presentar el horror de la guerra.

Noche, desolación; mamelucos y chisperos.

Todo lo comprendió, menos el misticismo. Aquella cosa rancia y viscosa no pudo hundírsele en el corazón, que buscaba otros misterios. Y se hizo un misticismo único, propio, desligado de la Santa Inquisición. Fué un misticismo de chulo. Puso en sus ángeles el juego de ojos de las manolas, el cutis de flor, la corta falda revuelta como capa torera, las cintas que sujetan el calzado oprimiendo las pantorrillas, mostrando las rodillas desnudas con sus redondeces sensuales de poma. Así llenó las bóvedas de San Antonio de la Florida, como en una nueva y estupenda tentación.

Y, cuando ya comenzaba a curvarse y a ensancharse su cuello de toro, desnudó a la maja duquesa, hizo la apoteosis más lírica, más sensual y más sincera de la línea armoniosa de la mujer; la Venus Urania se ocultó detrás de la cortina y, por la primera vez, rebrillaron los ojos de la venus moderna, pasiva y extática, con los piecitos de nácar acoplados sobre el diván.

Después, en el Camino de Árboles, hicieron aquellarre las brujas, los monstruos de la ironía y de la burla danzaron a su placer en aquel cerebro que comenzaba a hacerse sombrío y desengañado.

Y los monstruos de la tristeza se comieron a ese gran español, en Burdeos, en el año 1828.

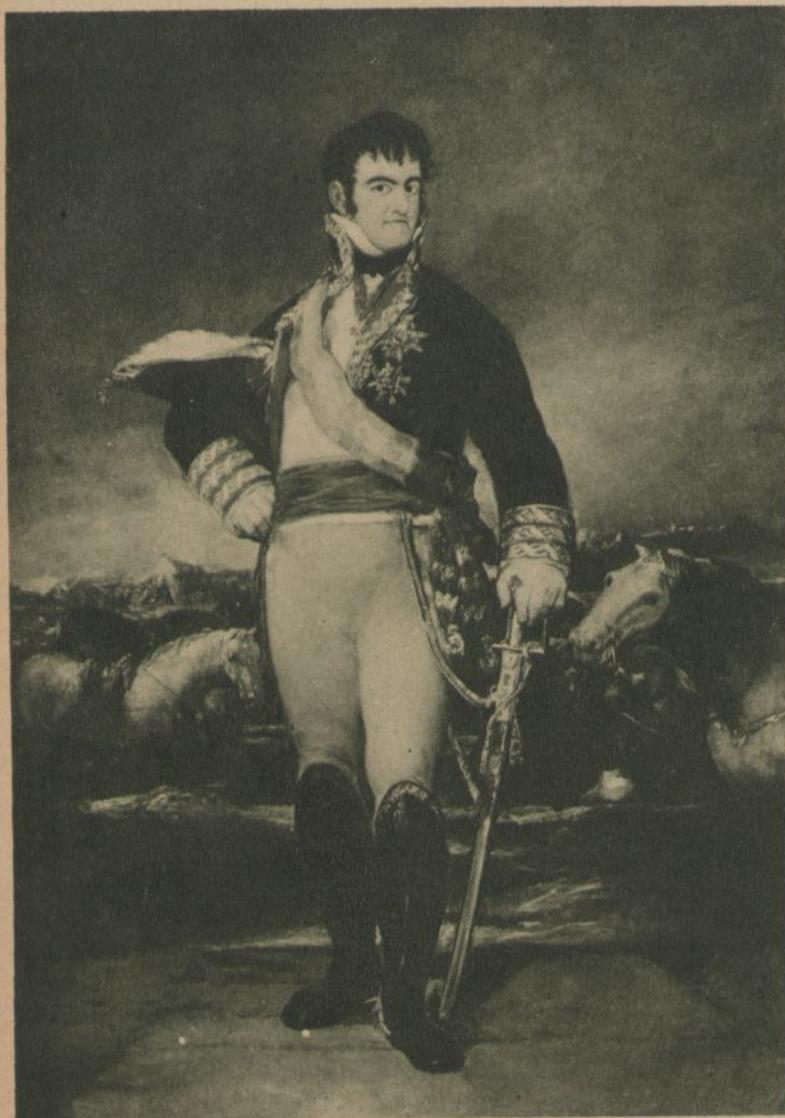
Pero su sinceridad visual, su fuerza interpretativa; todas esas cosas tan grandes de don Francisco Goya y Lucientes, ¿quién las podrá borrar? ¿No nos está, acaso, retratando todavía ese gran don Francisco de los pinceles brujos y venenosos?



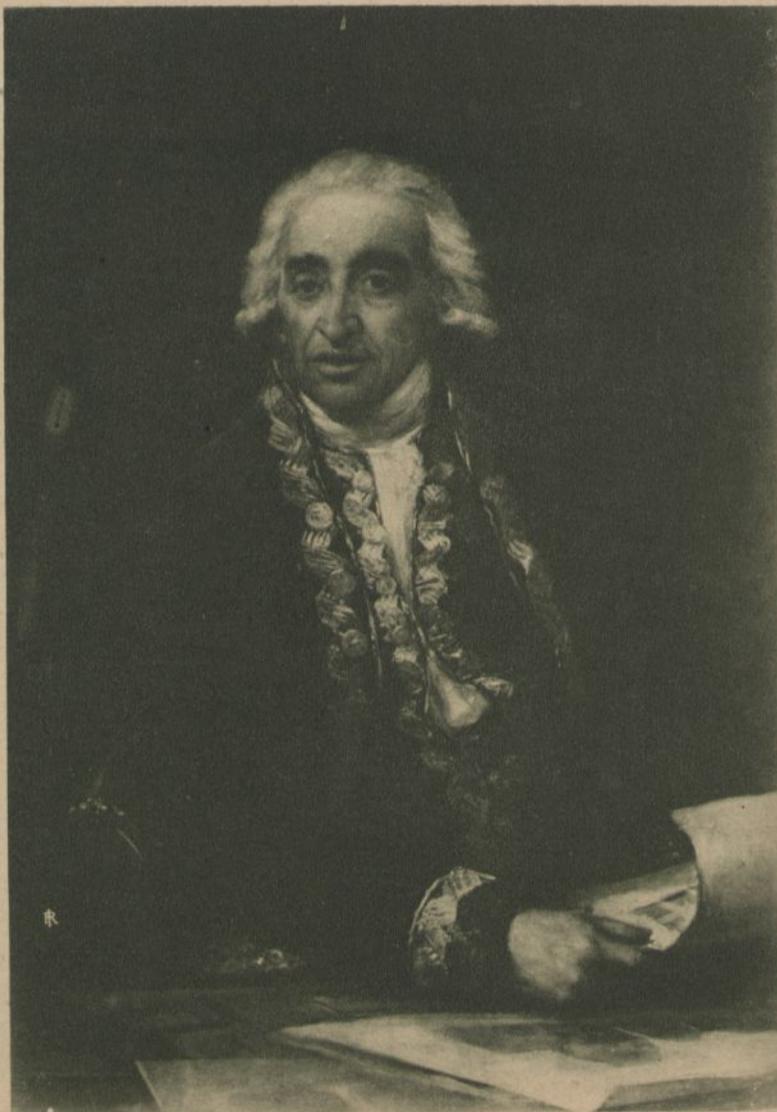
GOYA: Don Francisco, hijo menor de Carlos IV. (Museo del Prado)



GOYA: El quitasol. (Museo del Prado)



GOYA: Fernando VII



GOYA: Don Juan de Villanueva



GOYA: La maja. (Museo del Prado)



Los aguafuertes de "LA TAUROMAQUIA"

Goya, tan sensible a las sugerencias de todo lo que fuera español, era lógico que incorporara a su obra proteica la gaya presencia de nuestra fiesta nacional.

Primeramente, dado lo que era la fiesta

en su juventud, le subyugó de la misma su realismo, demasiado vivo, tan en consonancia con la llama genial que ya empezaba a arder en su pecho; y después, al advenimiento de las grandes figuras de su tiempo, Pedro Romero, *Costillares* y *Pepe-Illo*, halló ya como tema sugerente de aquellas emociones una estética cuyas glosas creyó que debía transmitir a la posteridad, por si al-

GOYA: La pica

gún día los nuevos rumbos del espíritu nacional pudieran arrinconar la fiesta de toros en el museo de los recuerdos y de las tradiciones.

Conoció dos épocas del toreo, y si en la primera pudo mostrarse premiosa su sensibilidad para recoger motivos de arte en el espectáculo, no ocurrió esto en la segunda, merced al engrandecimiento que prestaron al mismo las tres figuras mencionadas.

Considerable es la obra artístico-taurina de *Don Francisco el de los Toros*, como se llamó a sí mismo, y ya que no podamos fijar la atención en toda ella, sea al menos *La Tauromaquia*, su colección de cuarenta aguafuertes, objeto de breves comentarios.

En todos los aguafuertes de Goya se ha querido ver el deseo de perforar la cáscara, el trato corriente de los hombres en la vida de relación, para extraer jugos malignos y destilar extraños elixires de perversidad. ¿Son un atrevido ejemplo de rebeldía contra el medio? ¿Una visión profunda de los caminos del mal en el hombre? ¿Es cada uno de esos dibujos un poema o un postulado filosófico?

Si esto es admisible en *Los Caprichos* y en *Los Desastres*, de ninguna manera puede admitirse en *La Tauromaquia*.

Aunque en las láminas de esta colección hay algunas en las que parece revivir la tradición de una casta seca y dura y están entonadas sombría y trágicamente — en consonancia con la crueldad de los asuntos —, hay otras bellísimas, de entonación deliciosa, en las que los primores de la claridad prestan al dibujo mayor seducción; que así



Goya nos presenta en sus primeros aguafuertes taurinos una historia tauromáca bastante fantástica, y al grabar esta lámina se atuvo, sin duda, a lo que D. Nicolás Fernández de Moratín escribió en su obra *Carta histórica* sobre el origen y progreso de las fiestas de toros en España

Modo con que los antiguos españoles cazaban los toros a caballo en el campo.

como en la obra de don Francisco, en general, se observa el trueque de la paleta luminosa y colorista en otra donde se recogen oscuras visiones y negras realidades, así también en *La Tauromaquia*, en particular, junto a las escenas terribles y cruentas hállanse otras en las que Goya muéstrase el maestro en delicadezas y armonías, y al lado del artista que conoce una época del toreo en la que ya se manifiesta la estética, se encuentra el disector de rudas personalidades.

En las reproducciones que ilustran este trabajo podemos ver un ejemplo de las primeras en el modo de cazar los antiguos españoles toros en el campo y en la manera de alancear del moro Gazul, y otro de las segundas en el salto con la garrocha y en los quiebros del Licenciado de Falces.

Hartos temas ofrecen a la fantasía los aguafuertes de Goya; pero si debajo de la mayor parte de ellas late el corazón atormentado del artista, y si lo que parecen escenas populares, conciliábulos de brujas y crímenes de la guerra son efemérides de íntimos episodios, nada de esto debe buscarse en las referentes a *La Tauromaquia*.

¿Qué inquietudes, qué tormentos espirituales podía sentir ante el espectáculo taurino quien tanto gustó de él?



El animoso moro Gazul es el primero que alanceó toros en regla

Suponiendo que Gazul hubiera existido, no sería el primero que alanceaba toros. El tal Gazul es un moro de leyenda que aparece en los Romances moriscos novelescos; sus hazañas se sitúan en los últimos tiempos de los reyes de Granada, y entonces, es decir, en el siglo XV, era un deporte muy antiguo el de alancear toros.

y un realismo que se avenía con su manera de ser.

Y, además, por afición, por taurinismo.

Destruyamos la especie de que en tal cual rostro que acusa ferocidad o malos instintos y en las escenas de crueldad que retrata pretendiera reflejar la filosofía de la historia, la palingenesia de la raza; rechacemos la idea de elevar a axioma de crítica histórica este realismo de Goya, porque a tanto equivaldría creer que en las brujas y en los toreros errabundos y exangües de Zuloaga se halla condensada la España de nuestros días o que debemos buscar la del siglo XVII en *El Bobo de Coria*, *El Enano* y *El Bufón*, de Velázquez, cuando precisamente aquella época es considerada como el siglo de oro del arte y de la literatura de nuestra patria.

DON VENTURA



El diestrisimo estudiante de Falces, embozado, burla al toro con sus quiebros

Envuelto en larga capa y tocado con sombrero de anchas alas, prendas que tantos disgustos dieran a Squilache, el llamado Licenciado de Falces (Bernardo Alcalde) burla graciosamente, bizarramente a las reses haciendo quiebros, recortes y cuarteos. Desde esta lámina arrancan los asuntos que fueron producto de la observación de Goya.

Además, admitiendo que Goya no se mostrara indiferente ante el movimiento filosófico de sus tiempos en Francia, hasta de allí le venían — y nada menos que de Rousseau — palabras que podían contribuir a robustecer su afición a la fiesta nacional, pues sabido es que el autor del *Contrato social* opinaba que «las corridas de toros han contribuido mucho a mantener el valor del pueblo español».

Aquellas láminas de *La Tauromaquia* donde la crueldad del espectáculo se manifiesta elocuentemente, son así porque no pueden ser de otra manera.

A la conciencia artística de Goya hubiera repugnado falsear las cosas, y por muy aficionado que fuera a los toros, no podía idealizar, mejor dicho, desfigurar, aquello que tan vigorosamente se ofrecía al pintor de almas.

Aquel genio no podía prescindir de su franqueza porque, como hombre y como artista, fué aragonés.

Grabó *La Tauromaquia* porque sus asuntos le brindaban palpitaciones de vida, motivos para recoger la línea del movimiento



Este Apiniani era un banderillero de Costillares; está dando el salto de la garrocha. He aquí una de las láminas más seductoras de la colección, de las que más cautivan el ánimo, tanto por su admirable composición, como por la graciosa y bien dispuesta colocación de las figuras, lo bien recogida que está la instantaneidad del grupo y los primores del tono claro.

Ligereza y audacia de Juanito Apiniani en la plaza de Madrid

CARNET DE ESTÍO

El dulce y terrible encanto del mar

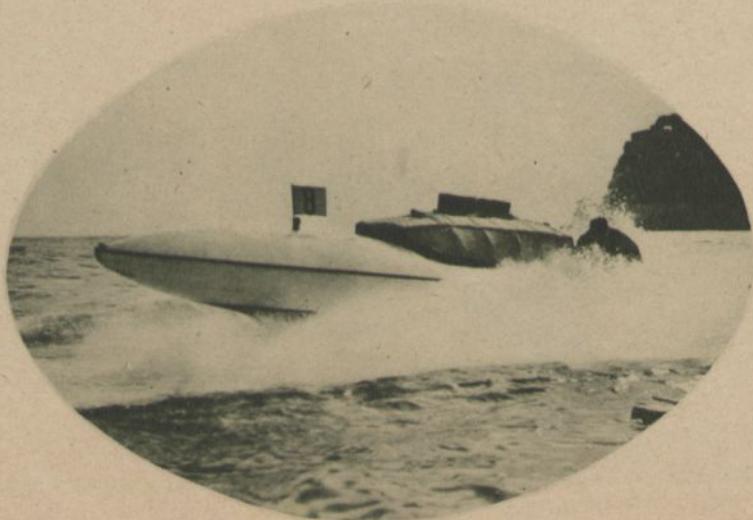
Las madamitas del pelo cortado y la curva concisa — efebos inquietantes — no echan de menos su cabellera, sino al sumergirse en el mar. No importa que lo nieguen, alegando que ahora, convertidas en garzones, puedan cabuzarse sin molestia alguna posterior, por el peinado. No importa; las madamitas del pelo cortado sienten nostalgia de sus cimeras fúlgidas o de ébano, que las permitirían fundirse en el agua plenamente, como si cada hebra de pelo formara parte del encaje de espumas del mar.

Viendo el encanto dulce de los bañistas, que en ningún otro momento ríen más placidamente que sumergidos en el agua azul, habrá que pensar en la posibilidad de que existan dos mares: uno, el de las galernas y el de los tifones; otro, el de las playas inefables donde los niños juegan a hacer castillos y las señoritas los hacen en el aire, ante las asiduidades del galán de pantalón y zapato blancos.

Dos mares, sí; dos aguas, como dos aires y dos fuegos. Fuego calcinante, arrollador y terrible, y fuego de luz y de hogar. Aire para pulsar con dulzura la lira de los árboles del bosque, y aire destructor de los ciclones y los huracanes.

Cuando el mar está en calma y el agua es en el cuerpo una caricia, desearía uno morir en él en dulce entrega, desvanecidamente, para revivir en corales, en el fondo; o en gaviotas blancas, por los cielos.

El mar es alegre y transmite su alegría a cuantos a él se entregan. Hasta el temor dijérase que se hace placentero en él; que de placer y no de miedo son los grititos de las mujeres de tierra adentro, al acunarse por primera vez en una ola.



Un proyectil, mejor que una canoa

Dijérase que va a escucharse un grito de mujer de circo. ¿Se trata de un número sensacional?...

¿Adquirirá la «moto» una calidad anfibia, para internarse mar adentro?

Probablemente, no pasará todo de una «pose» veraniega.





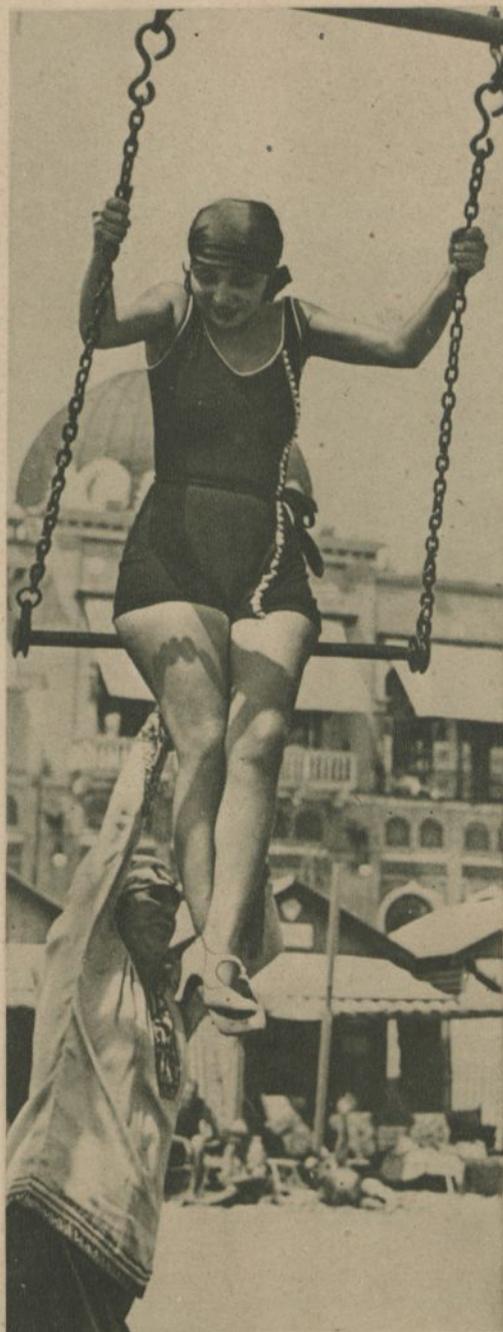
Las velas tersas parecen de metal. El viento tañerá en el cordaje gentil, melodías.

Las ciudades del interior, sienten el anhelo del mar. Y se fabrican sus mares chiquitines y domésticos, con muchos azulejos y muchos baldosines.

Vana ilusión. El mar no admite remedos ni mixtificaciones. Único y vario, monótono y diverso, igual y múltiple, permanente y distinto a cada minuto, radica su encanto mayor e inconfundible, en su dulzura para acariciar a las bañistas estilizadas, turbadoras y ambiguas... sin perjuicio de encrespase luego y devorar, rugidor y tremendo, las flotantes ciudades que son los trasatlánticos.

ANSELMO DE SANTORBERY

Esta muchacha de hoy recibe la caricia del sol plenamente.

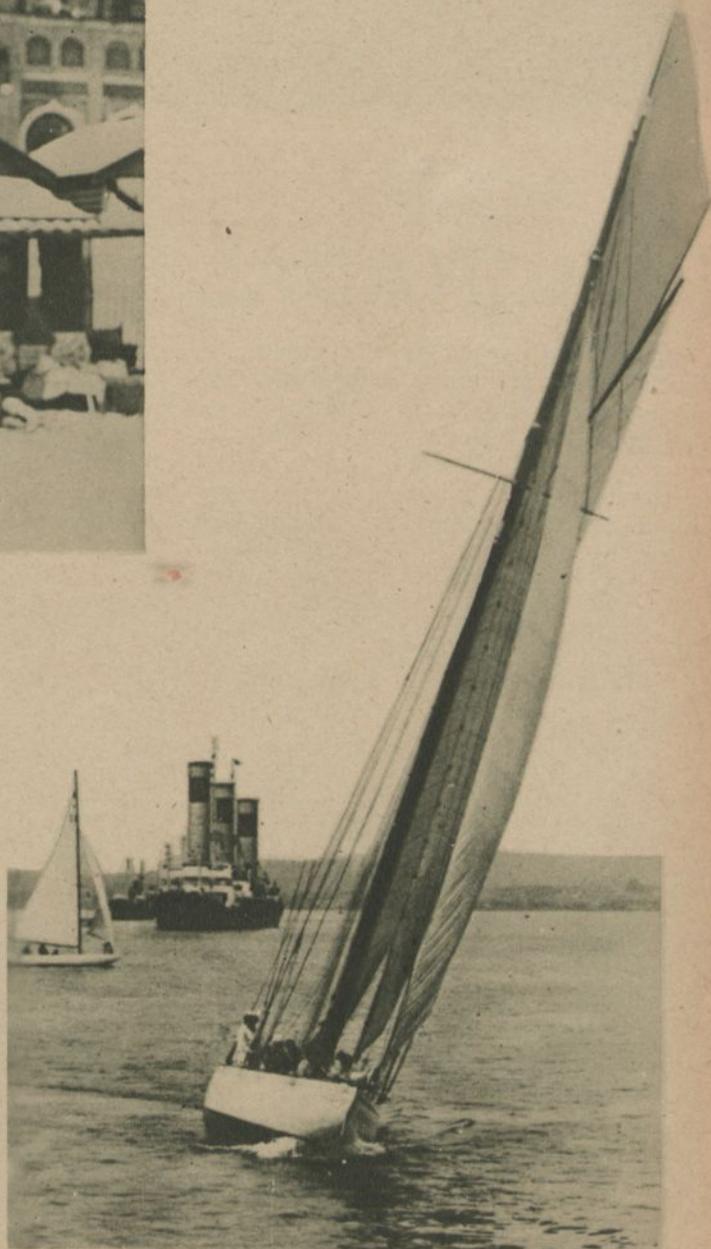


*Mar armonioso,
mar maravilloso,
de arcadas de diamante que se rompen en vuelos
rítmicos que denuncian algún ímpetu oculto,
espejo de mis vagas ciudades de los cielos,
blanco y azul tumulto
de donde brota un canto
inextinguible,
mar paternal, mar santo,
mi alma siente la influencia de tu alma invisible.*

RUBÉN DARÍO



Un viaje emocionante. — Las velas besan el agua, la cortan suavemente como una navaja barbera que pretendiera rasurar a Neptuno.



El balandro con las velas en vertical desmesurada, toma aquí un prestigio potente y majestuoso.



MENORCA: Calas - Covas

DE MENORCA

PORCHADAS

Ocurren en España cosas singulares. Y una de ellas es que su isla mediterránea más original por su aspecto, sus construcciones, su lenguaje, su historia y su cultura — la pulcra Menorca — llamada por una escritora «La isla blanca-azul», es la menos conocida de las que forman el rico archipiélago balear.

Si decimos que es una de las regiones más cultas de España, tal vez provoquemos en nuestros lectores un ademán de asombro. Y, sin embargo, es así.

Riquísima en monumentos prehistóricos, desde las *poblaciones* trogloditas hasta las construcciones megalíticas más variadas y originales, conserva huellas de las civilizaciones ibérica, fenicio-cartaginesa, romana, bizantina y árabe. Conquistada en el siglo XIII por Alonso III de Aragón a los árabes, convivió con la corona de Aragón y con España hasta que en los comienzos del siglo

XVIII pasó al dominio de Inglaterra, luego al de Francia y después al de Inglaterra dos veces más, alternando con España, en cuyo poder quedó definitivamente en 1802.

Estas vicisitudes, la posesión durante gran parte del citado siglo de una numerosa marina mercante, en ocasiones armada en corso, que puso a Menorca en contacto comercial con Italia, Turquía, Egipto y Berbería, el trato con armadas y ejércitos extranjeros que no solamente fueron para conquistarla, sino que a veces se prepararon en ella para empresas sonadas, como las expediciones que Inglaterra enviaba a Egipto contra Napoleón, y su situación privilegiada entre España, Italia, Francia y Argelia, han impreso en la Isla — famosa en todo tiempo por su admirable puerto de Mahón que le atrajo tantas codicias — un carácter específico, distinto del de los demás territorios nacionales, y desde luego muy diferente del de Mallorca y Cataluña, que han sido y son las tierras españolas con las que mantiene más directa relación.

Una de las originalidades de Menorca son sus casas de campo. Desde las más ricas hasta las más pobres, se distinguen por su pulcritud extremada. Holanda, con su limpieza tradicional, Inglaterra con sus *cottages* y la vida holgada de sus campesinos, no son superiores a Menorca en estos puntos.

La vida rural ha tenido siempre en Menorca suma importancia, porque el campo está relativamente poblado. Los colonos de las fincas y algunos propietarios que las cultivan directamente — *senyors de lloc* — viven en ellas. También viven en el campo



Modesta casa de campo menorquina

MENORCA: *Rafalet*

generalmente los jornaleros y obreros de las industrias rurales, bien en agrupaciones de casas que forman blanquísimos caseríos junto a las fincas más extensas o en parajes céntricos por sus vías de comunicación, bien en casas aisladas — *casolans* — rodeadas de una pequeña huerta.

Los propietarios importantes pasan una temporada del año, principalmente el verano, en una de sus fincas o recorriendo las que poseen, ocupando el piso principal de la misma casa en que el colono habita el bajo.

En términos municipales en que la propiedad está muy dividida, como los de Mahón, Villa Carlos, San Luis y Alayor, abundan los caseríos y los *casolans* de tal modo, que desde cualquier altura se ven los campos salpicados de casas blancas, agrupadas o sueltas. Aunque en menor densidad, los términos municipales de Ferrerías, Mercadal y Ciudadela, en los que las fincas son más extensas, también tiene una población rural importante. De modo que en toda la Isla la vida campestre es de tener en cuenta, y las relaciones entre ella y la urbana son bastante íntimas para que no se sienta el despego a la agricultura que se observa, lamentablemente, en otras regiones nacionales.

Digo esto para que se comprenda que el hogar campesino, del propietario y del colono, a menudo juntos, aunque independientes, tienen algo de institución fundamental en la sociedad menorquina; y en este hogar hay un departamento común, consagrado por el uso patriarcal que de él se hace y base de algunas costumbres verdaderamente típicas.

Este departamento es la *porchada*. Las casas de campo suelen tener su fachada principal orientada al mediodía para ampa-

rarse de los duros vientos del norte y sus adyacentes. En la fachada sur se abren uno, dos o tres grandes arcos, según la amplitud del edificio, y bajo esta arcada se hallan las puertas de los departamentos de la casa; si ésta tiene dos pisos, bajo la *porchada* está también el acceso al local en que se halla la escalera. Por esto es la *porchada* estancia de uso común, especie de hall abierto en que se reposa de las faenas del día al caer la

tarde, se busca amparo del sol en el verano, se charla al abrigo del relente en las noches estivales, se reúne la familia la mayor parte del año y se forman tertulias cuando acuden transeuntes o vecinos. Salvo en las noches crudas del invierno, que el punto de reunión es el hogar de la cocina — *fonganya* — en el resto del año es la *porchada* la habitación preferida.

A lo largo de sus paredes suele haber po-



Casa predial *Rafalet*, cuyo dueño, el culto abogado y erudito arqueólogo D. Juan J. Vidal y Mtr, posee ricas colecciones de bibliografía, autografía, indumentaria y mobiliario menorquines.

yos de piedra, deslumbrantes de cal como toda la casa. En ellos o sobre las rojas baldosas, la *madona* (mujer del colono) pone el grato adorno de sus bellas macetas en que las hortensias, los claveles, la albahaca y los rosales encantan con sus colores lozanos. Allí se reposa mientras se fuma, se echan las cuentas, se hacen cálculos y augurios, se planean proyectos, se relata las nuevas importantes, se comenta la marcha de las sementeras, se *glosa* — el *glosat* es una sesión de improvisación versificada, más o menos poética — o se narra tradiciones y leyendas.

Los viejos para echar una *pipada*, las *madonas* para remendar la ropa, los *missatjes* (mozos de labor) para hacerse las abarcas primitivas con que se calzan o para trenzar el esparto de los serones, se instalan en los *pedrissos* o poyos de la *porchada*, atrio de dominio común por lo mismo que es antecámara de todos los aposentos de la casa. Por los amplios pórticos se ve a menudo cruzar a lo lejos sobre el mar azul una de las escuadras que guardan el equilibrio en el Mediterráneo o rayar el cielo algún hidroplano de los que ponen en comunicación Francia con Argelia.



Casa de campo de estilo típicamente menorquín



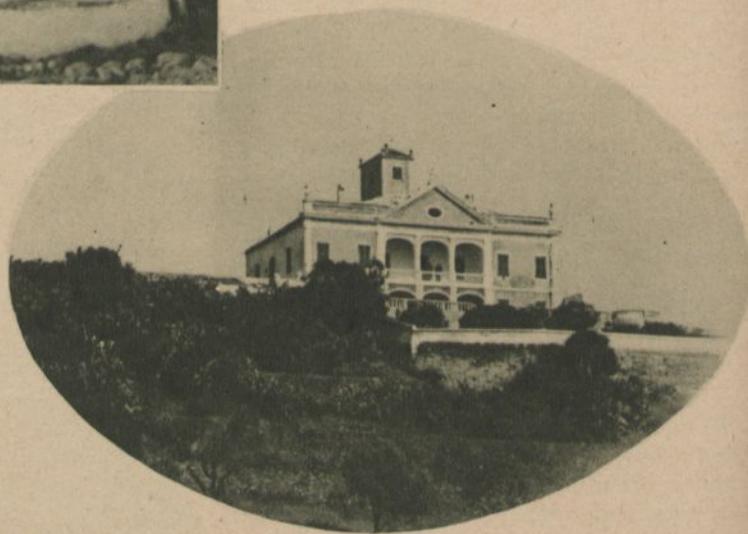
Pequeña porchada de casa de campo menorquina, que *madona* adorna con macetas de hermosas plantas.

En un clima en general dulce y grato como el de Menorca — salvo los días en que la *tramontana* entona sus elegíacos alaridos — una casa orientada al sur, una galería abierta en este frente, defendida del sol, de la humedad, de la lluvia y de los vientos reinantes, permite disfrutar los beneficios del aire libre sin ninguna de sus molestias. Pero la gente nueva, tal vez sin meditarlo bastante, no lo entiende así y queriendo imitar en todo a la ciudad, sacrifica sus buenos usos campestres que eran quizá lo mejor de su vida; y tapia las *porchadas* poniéndoles una puerta y una ventana vulgares. Es lamentable, porque las casas de campo menorquinas tenían un aspecto muy suyo y daban con sus arcos abiertos una impresión hospitalaria y acogedora que no tienen las casas de fachada cerrada. Al asimilarse las costumbres urbanas pierden los *payeses* los encan-

tos de su civilización afable y patriarcal para adquirir otra más huraña, más fría y desalmada, que es la nuestra, la petulante civilización del siglo XX, saturada de buenas ideas y de malas acciones, de presunción y de egoísmo.

El contraste se observa al llegar a alguna de las apartadas casas, señoriales o modestas, que conservan su antiguo aspecto, tan a tono con el espléndido sol mediterráneo y con el ensueño azul del *Mare Nostrum*. Parece que a sus habitantes se les ha pegado la hidalguía de la vieja arquitectura y que como ella son también más francos, más hospitalarios y corteses que los que viven a puerta cerrada, aislados de la Naturaleza y de las obras de misericordia.

L. LAFUENTE VANRELL



Casa llamada «San Antonio» sobre las lomas inmediatas al puerto de Mahón, donde vivieron Lord Nelson y Lady Hamilton. Los ingleses llaman a esta finca «The golden farm» (La quinta de oro) por las bellísimas perspectivas que se ven desde sus terrazas y miradores.



Fué estrella de la Fox Film Corporation. Brilla ahora con luz propia y deslumbrante en el firmamento de la Paramount. Tiene pocos años, tiene muchos adoradores. Cayó en el grave pecado de interpretar "Sandy"... pero promete que no lo hará más.

MADGE BELLAMY



CINEMA
URBANO

LA VIEJA BARCELONA

por A. FERNÁNDEZ ESCOBÉS

La piqueta es anarquista. Practica calladamente el aforismo de *la idea social*: destruye y crea. Ladinamente, derrumba los

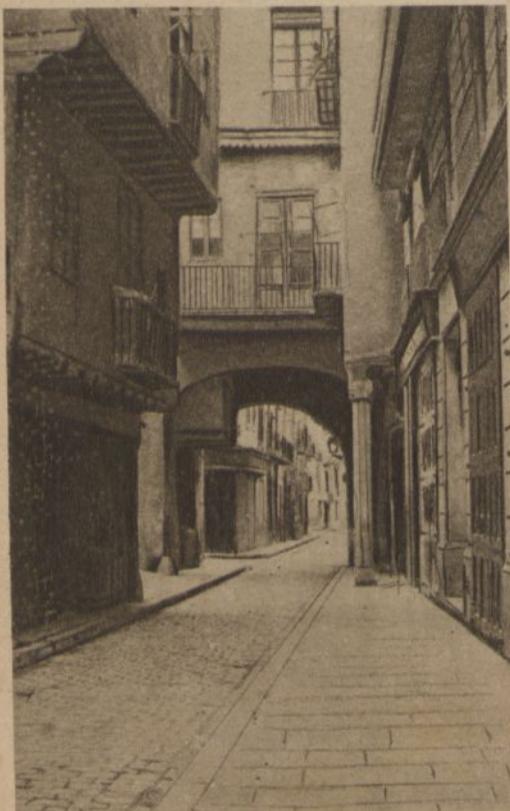
viejos edificios, borra los dibujos sinuosos de las calles antiguas, para elevar esos cubos monumentales que son las casas de ahora, y trazar las rectas avenidas actuales, cuadriculando la urbe. No descansa en su labor; unas manos se suceden a otras; pero siempre su mango cilíndrico está empuñado fuertemente, y el doble pico de cigüeña describe curvas en sus golpes destructivos. La ciudad desaparece. Las casas antiguas son reemplazadas por nuevos edificios, que semejan sus panteones.

Por eso, hemos querido traer a este «Cinema urbano» la *visión* de calles y edificios que desaparecerán. Y lo hacemos presurosos, igual que si retratásemos a una anciana querida para conservar su imagen, tras la muerte cercana. ¡El retrato de *la vieja*! ¿No os habéis fijado? Las casas éstas tienen ese color de flor disecada que toman los retratos de nuestros abuelos; ese tono sepia de pensamiento seco que hemos visto entre las páginas de un devocionario antiguo; ese matiz de papel tostado de los códices, alhajas de biblioteca, flores de erudición; color amarillento y ligeramente negruzco, de lo caduco, cual epidermis de viejo.

Los edificios de esas viejas calles barcelonesas, estrechamente unidos, como si se aprestasen a una defensa heroica, ofrecen una sensación desagradable. Uno, sólo se los figura habitados por gentes extrañas: vie-

jas comadres, seres tullidos, ancianos astrosos; o estirados personajes enlutados y

(*Sigue en la página 25*)





El Sr. Suriñach, dividiendo los trabajos de colocación de la tubería en la calle de Planas



Escalera del chalet propiedad del señor Cabot. Admirable trabajo de carpintería ejecutada en los talleres del Sr. Blanch

CAMPRODÓN

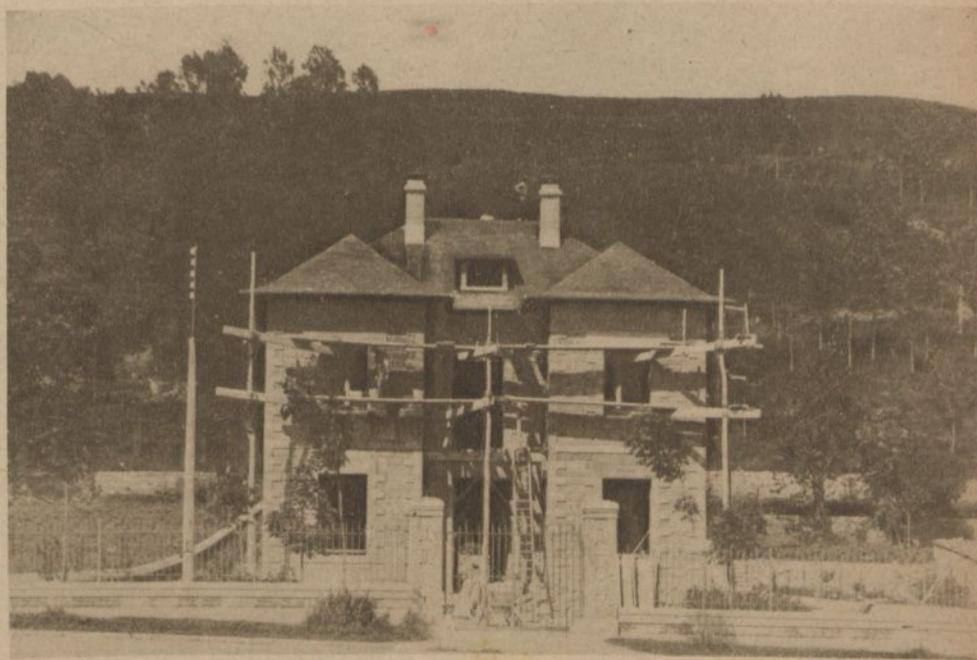
En la frontera de la provincia de Gerona con la nación vecina y en un fertilísimo valle dividido por el Ter y el Ritort y circundado por el Norte por un conjunto de elevados montes de eterno verdor, continuación del Canigó, se asienta esta pintoresca Villa.

Camprodón, antiguamente importante centro fabril, es en la actualidad una lindísima Villa de temperatura deliciosa y saludable, rodeada de prados, límpidos arroyos y florestas que constituyen grato sedante para el espíritu y tónico eficaz para el cuerpo.

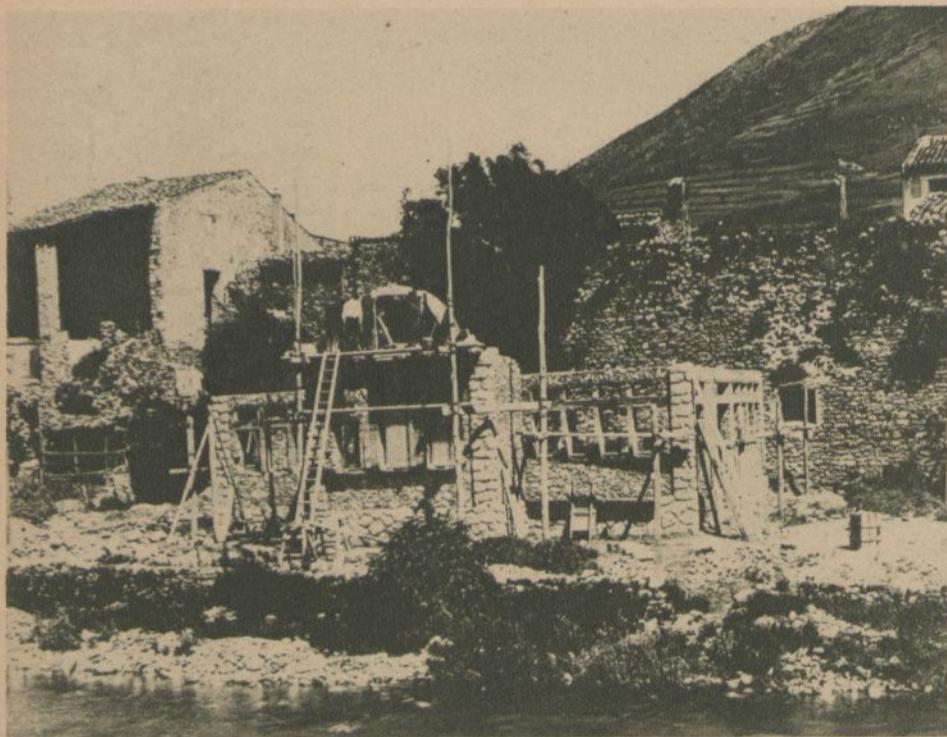
Su municipio, con su digno presidente el distinguido doctor don José Badía, hábilmente asesorado por el secretario don Gaspar Costa, no repara en sacrificio alguno



Esta es la sublime marca de Galletas
 Manufactura en Camprodón (Gerona) - Teléfono 18
 Venta exclusiva: R. Rocafort - Fernando, 14 - Teléfono 2308 A.
 BARCELONA



Chalet en construcción para la venta, en el ensanche Maristany. Ejecutado por Don Francisco Suriñach

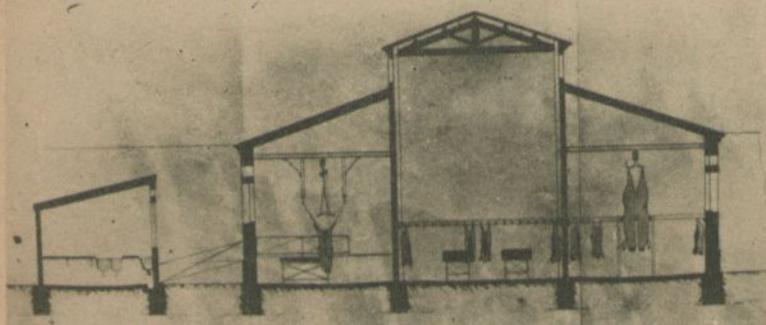


El matadero en construcción

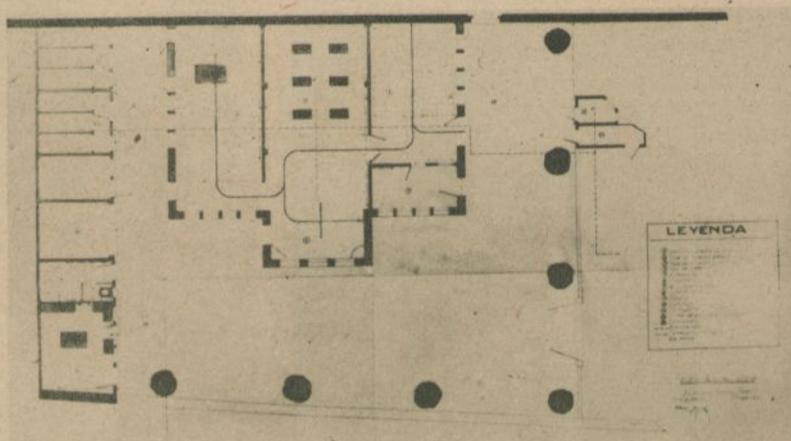


Hotel Rigat

SECCION POR A B C D



Proyecto de matadero
Sección A B



Proyecto de matadero. Planta e
instalación mecánica - sanitaria

FACHADA



Proyecto de matadero. Fachada

para dotar a la Villa de los elementos necesarios en ornato, salubridad y comodidades, que hacen figurar a la Villa entre las más preferidas en el turismo mundial.

Su primordial cuidado es un escrupuloso análisis de las aguas de los abundantes manantiales que abastecen a la población, siendo retiradas del consumo cada temporada las que presentasen el más insignificante bacilo.

Recientemente, la Corporación votó un

La ejecución de los Proyectos fué confiada al reputado ingeniero barcelonés don César Molinas, que con justo criterio distribuyó la realización de las mismas entre los industriales de la Villa, conocedor de su valía, y considerando que el dinero municipal no debe salir de su término, sino en caso de absoluta necesidad.

La construcción del alcantarillado ha sido concedida al probo contratista don Francisco Suriñach, que tiene ya terminada la sección correspondiente a la calle de Planas y

empréstimo de 133.000 pesetas, amortizable en cincuenta años, para la construcción de un Matadero, red de alcantarillado y adoquinado de la población, obras que se encuentran en activa realización.

anexas, principal vía de la población. El material empleado es el Cemento Asland comprimido en tubos de treinta centímetros de diámetro; se empezó la construcción el mes de mayo último, y aunque el plazo para la conclusión es de un año, se cree posible quede terminada la totalidad para fin del año corriente.

El señor Suriñach, hijo de Camprodón, es, además, ejecutor de los más notables Chalets de la Villa: entre otros, uno lindísimo, de estilo inglés, propiedad del señor Carulla; el Hotel Rigat, varios de estilo catalán, como los de los señores Cabot, Regorossa y algunos en el ensanche Maristany. Actualmente, construye el camino vecinal de Tragurá, de cuatro kilómetros y medio, con apartaderos para los cruces.

Es su asiduo colaborador en la labor de madera, el acreditado maestro carpintero don José Blanch Torres, que posee un her-

moso taller dotado de maquinaria moderna, y de cuyos trabajos damos un gráfico en otro lugar.

El Matadero, en construcción, es un hermoso edificio capaz e higiénico, situado a la orilla del Ter. Los gráficos dan perfecta idea de lo acertado de la construcción, que quedará también terminada en lo que falta del presente año.

Es su constructor el conocido contratista don Martín Carreras, inteligentemente secundado por su hijo don Marcos, que en los treinta años que residen en Camprodón, ha realizado buen número de obras, entre las que merecen especial mención una hermosa casa de acondicionados pisos para el veraneo en la calle de Isaac Albéniz, tres más en la plaza del Doctor Robert, la instalación de una turbina y las obras de remonta de la fábrica de tejidos del señor Daniels, un chalet en la carretera de puro estilo del país, el muro de las Rocasas, de piedra careada, con pilares de piedra del Ter, y la reforma proyectada del Hotel Güell, que son más que suficientes para acreditar a un buen constructor.

La labor de madera del Matadero se ejecuta en los talleres de don Angel Cabanas, cuya depurada labor en la carpintería y ebanistería le ha elevado de simple obrero a la alta consideración de que goza justamente entre sus convecinos.

Correspondiendo a la distinción de que es objeto la Villa por turista y veraneantes, Camprodón se ha colocado a gran altura en materia de hospedaje. Además de gran número de pisos y chalets amueblados, cuenta con dos hoteles de primer orden: el *Gran Hotel Rigat* y el *Hotel Güell*. Este está establecido en la plaza de la Constitución, teléfono 7, y tiene en proyecto grandes reformas que lo han de colocar al nivel de los mejores de su clase.

El Hotel Rigat, situado en la plaza del Doctor Robert, es un soberbio edificio de sobrio y señorial estilo, que da al viajero la sensación de la mayor seguridad y confort. De año en año aumenta su crédito, merced al afable trato que dispensa a los viajeros la distinguida señora viuda de Rigat, que lo dirige, y las inmejorables condiciones que reúne por sus habitaciones, baños, comedores y el soberbio salón de fiestas, centro de reunión de lo más selecto de la colonia veraniega. Por todo ello ha merecido en diferentes ocasiones las distinciones de la Sociedad de Atracción de Forasteros de Barcelona, que lo clasifica entre los mejores hoteles de Cataluña.

Casi todo el movimiento fabril e industrial de Camprodón, a excepción de algunas fábricas de tejidos, toallas, juguetería, está vinculado y dignamente representado por las ya célebres Manufacturas Birba de galletas de lujo que, en relación con su rápido e intenso desenvolvimiento, proyecta la breve y rápida construcción de una nueva fábrica en el ensanche Maristany, que la colocaría a la mayor altura en el mercado mundial.

No terminaremos esta breve relación sin consignar que el viaje desde Barcelona se realiza por el ferrocarril de la capital a San Juan de las Abadesas, desde cuya estación cómodos automóviles conducen a través de bellos paisajes a la pintoresca Villa.

(Continuación "Cinema Urbano", de la página 22.)

graves, luciendo perillas y retorcidos mostachos; o damas de empaque y altivez, embutidas en polisones, con miriñaques oscuros, y grandes lazos de cintas pardas, seres con pantalones bombachos y chalinas y levitones y sombreros de copa alta... Pero esto no pasa de ser un espejismo literario. Lo cierto es que tales edificios fueron en su día casas espléndidas y confortables, igual que las modernas; en un viejo libro (del 1850), he leído que esas viviendas eran el orgullo barcelonés: «difícilmente — señala su autor — se encontraría otra ciudad en la cual fuesen los pisos de alquiler más cómodos y lujosos que en ésta». ¿Qué ha ocurrido, pues?... ¿Qué extraña metamorfosis entrañan esos edificios costrosos? El tiempo. También nuestra abuelita — esa viejecita baldada que vive en un sillón como una sombra — fué joven, atrayente, parlara y bonita, como nuestra novia.

Lo que es más de admirar en estas calles, es el sentimiento de independencia y libertad que bullía en sus constructores: junto a una casa con soportales, un edificio *escalonado*; aquí, un puente que soporta un piso y une las dos hileras de casas; allá ventanas antigeométricas y balcones diversos. Parecen muestrarios. Se puede elegir el modelo, y hacer la nota, para que nos remitan la casa en armonía con nuestro gusto. En cambio, ahora, las edificaciones — como las

jovencitas — parecen vestir el *uniforme único*.

Esas calles tortuosas y multiformes, variadas y opuestas, nos explican la rabiosa co-mezón de las revoluciones y de los motines del pasado siglo. Los hombres habitantes de esas casas, tenían que ser así, estar moldeados por ellas, como un flan por su molde, y un caracol por su concha.

Y, sin embargo, ¡qué sensación de paz nos brindan! Nos acordamos de que en esas cunas se mecía el *senyor Esteve*, hasta que Rusiñol lo hiciera hombre; de que de tales casas surgió lentamente, igual a un globo cautivo que se eleva, el auge de nuestro comercio, el poderío de nuestra industria; que de esas manzanas disformes, semejantes a arquetas bizantinas, salieron los duos y las peluconas para comprar los autos y las comodidades de hoy. Aquello fué la hucha. Allí se guardaba el *seny*. Eso hubo de ser el aprendizaje de nuestro comercio, esforzado y tesonero.

Si: de esa Barcelona virja, arrugada y renegrida que ha de destruir la piqueta, ha nacido esta hermosa urbe joven, luminosa y amplia; igual que de una anciana rugosa como un sarmiento, nació aquella muchacha bien plantada, jarifa y bella, que nos enamora con su juventud.

Cuando pasemos por esos rincones tradicionales, breviario ideológico barcelonés, detengámonos un instante. Y destaquémonos como ante una hornacina.

Letras españolas en Francia

Por ADOLFO FALGAIROLLE

Gabriela Mistral, Ernest Martinench, Gonzalo Zaldumbide, Jules Supervielle y Francisco García Calderón han tomado la iniciativa del banquete de despedida que se dedicó al ilustre y talentoso escritor don Alfonso Reyes. Todos los amigos del poeta asistieron al acto, que fué muy amistoso. El banquete tuvo lugar en los espléndidos salones de la Asociación París-América Latina, Boulevard de la Magdalena.

Alfonso Reyes dió, a su vez, un te de despedida al que asistieron las más importantes personalidades franco-americanas.

— La Agencia Mundial de Librería (14 calle des Sts. Pérrés Paris), anuncia la publicación de varias novedades cuya crítica leerán pronto los lectores de MUNDO IBERICO. Hemos anotado *El hombre del Hispano*, la traducción del famoso breviario de la vida elegante y lujosa, obra con la que tanto éxito obtuvo Pierre Frondaie.

Francisco Contreras, el cronista de las literaturas suramericanas en el viejo órgano de los simbolistas *Le Mercure de France*, va a lanzar *El pueblo maravilloso*, novela que esperan los amigos del estilo sutil y de los asuntos ricos en imaginación.

Rodrigo Soriano anuncia la publicación de sus impresiones de Rusia bajo el sugestivo título de *San Lenin*.

El último libro de Ramón, *El torero Caracho*, ofrece, como todas sus obras, una visión personal de las cosas. Difícilmente traducible al francés y quizá a otros idiomas por el españolismo de su ambiente tan curioso, esta obra introduce en la lidia una crítica estética en el último deporte, en el cual se afrontan el hombre y la potencia móvil de la naturaleza.

— Ediciones París-América: *Bajo Cero*, de Orlando Ferrer. Una virulenta pintura novelesca de Suecia. Demasiado frecuentemente han lanzado los nórdicos la primera piedra, han publicado calumnias gratuitas sobre los centros españoles, franceses y suramericanos. Todo el mundo sabe cómo sistemáticamente los cineastas americanos componen ciertas películas en las cuales los personajes españoles o suramericanos tienen siempre el peor papel. Esta vez, y quizá para vengar a sus compatriotas, es, por intermedio del señor Orlando Ferrer, un latino el que ataca. El autor nos pinta un español habitando las tierras nórdicas. Este Don Juan trasplantado no pierde ninguna de sus seducciones; al contrario. Conclusión: la ironía nórdica no se agudiza contra los pueblos del Sur más que por despecho... La vida de sociedad, bajo estas frías latitudes, hace pensar más bien en escenas de países cálidos por la libertad de costumbres y la licencia social. Finalmente, quizá a algunos hombres les agita más la sangre con los fríos bajo cero que con las temperaturas del Senegal.

— Armando Chirveches: *A la orilla del mar* (misma editorial). Cierta muchacho llamado Oviedo ocupa sus ocios, abundantes en la playa desierta que él habita, cortejando a una joven de buena familia y juiciosa. Pero aborda un *yacht* portador de una virgen seductora, mundana y rica... Oviedo opta por la primera... La rivera del mar, felizmente, no siempre vomita monstruos racinianos. Armancho Chirveches escribe sus obras con un estilo fácil y ligero, que no detiene el desarrollo novelesco.



Una interesante expedición al Africa Occidental y Central

El viajero Michel Tican (Mihaitican Rumano)
relata sus curiosas aventuras en la tierra del negro

POR desgracia no existe en España la preocupación de los países exóticos (que mejor podríamos llamar hoy coloniales, puesto que han caído bajo el dominio o tutela de las naciones poderosas) que hay en otras naciones plebiscitarias de un deseo de expansión.

Un gran diario barcelonés, «El Día Gráfico», está publicando, en forma de folletín, las interesantísimas aventuras del audaz explorador Mihaitican Rumano en el Africa Occidental y Central. Al mismo tiempo aparecen en los importantes diarios «Corriere della Sera», de Italia, y «Universo», de Rumanía.

A los españoles nos interesa particularmente el relato de Mihaitican, en estos momentos en que la atención del gobierno se posa en nuestros territorios del golfo de Guinea, con vistas a su perfecto conocimiento y explotación.

Conocemos los misterios del Africa Oriental y Septentrional, con sus maravillosas y antiquísimas civilizaciones; pero ignoramos, en cambio, casi todo lo concerniente a la Central y Occidental. Y esta última, sobre todo, está llamada en breve a cumplir grandes destinos. Además de la expansión del exceso de vidas humanas europeas, que pronto no hallará refugio en otro continente, será la parte firme o terrestre del gran camino rápido que nos unirá con nuestros hermanos de raza los americanos del Sur, vía que comenzará probablemente con un ferrocarril, que acaso parta de Ceuta y llegue a Dakar, de donde saldrán los barcos, aviadores y zepelines con rumbo a Sudamérica. Por estas razones, urge que conozcamos el clima, suelo, fauna, flora, y, principalmente, las razas humanas de aquel continente, con las que la nuestra — especialmente merced a los protectorados y colonizadores de Marruecos, Guinea y Senegal — convivirá pronto en gran escala.

La narración del viajero rumano es de un vivo realismo y abarca extremos interesantísimos.

La existencia real y actual de la antropofagia, la vida y costumbres de los negros, el clima y el sol africanos, la terrible fauna de sus bosques vírgenes, el modo de cazar de día y de noche, la vida de los blancos en las tierras de los negros, el peligro mortal de los insectos y enfermedades que acarrearán, la horrible barbarie de Gansa. La antropofagia y canibalismo actual.

Para que nuestros lectores puedan darse cuenta del singular colorido de estas páginas de Tican, reproducimos uno de los más interesantes fragmentos:

«Un negro, anciano ya, acercóse a nuestro grupo con respeto. Era un conocido, un amigo del Sr. Verdú-Martins, a quien confiaba éste una especie de cargo que le hacía de condición un tanto superior a la de sus vecinos. ¿Era quizá un confidente? Es posible; pero la cosa no valía la pena de una indagación. El jefe de Cacine no estaba más ilustrado que nosotros en lo que a la lengua de la localidad se refiere; así, que llamó a uno de los soldados indígenas, con categoría de cabo, que hablaba con rara corrección el idioma portugués, sirviéndole de intérprete en todas las ocasiones en que había lugar para ello. Por medio de él, entablóse la conversación con el negro.

— ¿Qué pasa — preguntó el Sr. Verdú-Martins — que todo el mundo huye?

— Temen — contestó el negro — que esos dos blancos que te acompañan sean los jueces de

Bolama, y que vengáis otra vez por el asunto aquél.

— Y aunque así fuera, ¿por qué razón huir?

— Sencillamente. Te están agradecidos porque has castigado al hombre-fiera y a la mujer mala, pero no quieren hablar más con la justicia.

— ¿Qué mal hay en ello? ¿Sabéis todavía más cosas?

— Es posible que algunos sepan algo — contestó el negro con un gesto que dentro de la vaguedad no dejaba de tener su elocuencia —, pero no hablarán. Temen...

— Pero, ¿qué es lo que temen? — interrumpí yo.

— ¿No eres el juez de Bolama? — repuso, con alguna vacilación y cierta desconfianza.

— ¿Yo? ¡Qué he de ser! Soy un amigo del Sr. Verdú-Martins y nada más. Pero quisiera saber qué hay de cierto en esto de la secta secreta.

— Aquí no existe. Más al interior, quizá sí — contestó —. Pero se necesita ser de la secta para comer carne humana, que, según dicen por ahí, no tiene nada de despreciable.

La contestación era algo sospechosa. ¿Estáramos quizá ante un antropófago? El mismo Sr. Verdú-Martins abrió los ojos.

— ¿Cuántas veces la has comido tú — me apresuré a preguntarle, y quizás mi impresión fuese errónea, pero me pareció ver que mi pregunta había hecho su efecto. Pero el muy indino se repuso pronto.

— No la he comido nunca.

— Bueno. Ahora no la comes. Pero ¿no la comiste antes, cuando eras joven?

— No. No la probé jamás, voluntariamente por lo menos. Yo no me he preparado nunca la comida. Mis mujeres se han cuidado siempre de ello. Me gusta la carne de gacela y como de ella a menudo.

— Y tus mujeres, ¿no te han dado nunca a comer carne humana?

— No lo sé. Pero dicen que es buena. Todo el mundo lo sabe. Es más limpia que la de un animal, puesto que sólo comemos cosas buenas. Es malo matar, ya lo sé, pero ¿qué hay de malo en aprovechar la carne de un hombre muerto? Y si la carne es buena, ¿por qué echarla a perder?

Estoy convencido de que hablé con un antropófago aquel día. Aquel negro habrá podido disimular su horrible instinto, pero tengo por cierto que hubiera acabado por hacerle decir la verdad que ocultaba. ¿Por qué, sino, justificaba «el aprovechamiento» de la carne humana, si bien condenaba, o por lo menos así lo decía, el asesinato?

Y es probable también que después de haber pasado un tiempo haya vuelto a desaparecer alguna criatura en aquella tribu, a pesar de estar bajo cerrojos los dos negros canibales, y es posible que los culpables puedan encontrarse entre los que huyeron, a pretexto de temor de represalias o venganzas. Quizá si pudiera leerse en el cerebro de mi interlocutor, se encontraría la explicación de muchas desapariciones, de aquellos raptos por los cuales un agente portugués preguntaba a un negro sometido al suplicio del fuego.

Véase, pues, como, sin adentrarme mucho en Africa, he podido cerciorarme de la existencia del canibalismo en forma tal, que en poco está como no pueda decir que lo he visto. Los casos que acabo de exponer son patentes. De otros muchos puedo explicar y mayor documentación hubiera podido proporcionarme si mi viaje no hubiera sido el de un turista llevado allí por casualidad, sin finalidad concreta.

A pesar de esto, el canibalismo, «oficialmente», no existe. Y si algún Gobierno reconoce que en alguna colonia se practica todavía en nuestros días, siempre es en alguna remota isla de cualquier archipiélago del lejano Pacífico y aun en contados casos. No; no hay que ir tan lejos. A las puertas de Europa, qué digo, en Europa mismo, he podido ver casos de antropofagia. Voy a relatar un hecho, rigurosísimamente cierto, que vi en 1918, al terminar la guerra que puso en pugna a la mayor parte de naciones del globo. Permítaseme que lo explique con una comprensible reticencia para no herir susceptibilidades.

En la capital de uno de los Estados del Oriente europeo acantonaron unos regimientos de tropas coloniales, pertenecientes a una de las naciones en guerra. Allí, como en muchas partes,

no hay en todas las casas un horno para asar las viandas, y es costumbre aderezar éstas en casa, colocarlas en una fuente o alguna cacerola, llevándolas a la panadería para su cocción. Mediante unos céntimos, el panadero cuida de asar lo que se le lleva.

Un día, unos soldados de algún regimiento de aquéllos, llevaron a la tahona una cacerola de regulares dimensiones, en la cual abundaban las patatas en forma tal, que cubrían enteramente la carne que tenía que asarse. Se convino precio con el panadero, y sin desconfianza ninguna colocó éste la cacerola en el horno.

Al cabo de un rato, en ocasión de colocar otro encargo, observé que de la cacerola de los soldados se derramaba abundante grasa, produciendo copiosa humareda que podía comunicar mal sabor a las demás viandas puestas a cocer. La retiró para sacarle parte del jugo sobrante y al mismo tiempo dar una vuelta al pedazo de carne o pollo que contuviera.

Mas apenas había revuelto las patatas que lo cubrían, cuando lo soltó, enloquecido con lo que tenía ante sus ojos. La «pieza» que cuidaba de asar era el cuerpo, destrozado ya, de una tierna criatura que no contaría más de un año.

Salió despavorido de su tienda, alarmando el barrio. Llamó a la policía, cuyo primer cuidado fué el de recomendar silencio absoluto sobre el caso. Discretamente apostáronse unos agentes en la tienda y en los alrededores, esperando detener a los canibales cuando fueran a recoger su macabra comida. Fué inútil la precaución después de la algarabía que se había producido cuando el panadero divulgó su fúnebre descubrimiento.

Mesándose los cabellos en su desespero, acudió una mujer de la vecindad, a la cual, desde la víspera, faltaba su hijo... Fué entonces imposible disimular el descubrimiento, cuya noticia corrió por la ciudad en un momento. No volvieron los soldados por su cacerola. El crimen quedó impune.

En mi excursión por tierras africanas, raras veces penetré en una zona de más de 200 kilómetros de la costa (salvo en Sudán y Mauritania), distancia que

no tiene nada de enorme en territorio civilizado, pero que es casi inmensa en un país salvaje como aquél. Significa perder todo contacto con gente blanca, entregarse completamente casi al instinto de los negros. Por esto, cuando de vez en cuando se encuentra una factoría con un blanco, un hombre como nosotros, con quien puede hablarse cualquier idioma europeo, que a veces no es la lengua nativa de ninguno de los dos, se experimenta la deliciosa sensación de encontrar un hermano.

Y cuando el azar del itinerario depara unos días de estancia en cualquier villorrio con honores de ciudad, cuyo principal aliciente para el viajero es el de encontrar en él, no a un blanco, sino a varios, acogido por ellos con los brazos abiertos y rivalizando entre sí para colmarle de delicadas atenciones, el júbilo que se siente es casi infantil.»





LA MESA

EXPLICACIÓN DE TODAS SUS RECETAS

Sopa crema maizena a la americana

Suponiendo una sopa para cuatro comensales. Se dispone un litro y cuarto de caldo sencillo de puchero familiar, pasado por un colador fino y puesto a cocer en una cacerola.

En una vasija aparte se ponen tres cucharadas soperas de Maizena Duryea y dos buenas cucharadas de pasta de tomate (o sea puré); se moja con una copa de leche fría (cocida antes), y se trabaja hasta que en la maizena no haya grumo alguno; añadir una pizca de pimienta y nuez moscada en polvo. Ya cociendo nuestro caldo, se le echa poco a poco la preparación de la maizena en líquido. Déjese cocer lentamente durante unos diez minutos, rectificando la sopa de sal, no debiendo resultar ni muy espesa ni tampoco muy clara.

En la soperas se ponen una o dos yemas de huevo, se baten un poco con algo de caldo. Se vierte la sopa, se mueve bien con el cucharón a fin de que se mezcle la yema y se sirve.

Conchas de mejillones (moluscos) a la gratén

Se trata de estas conchas grandes, calculando por cada concha una docena de mejillones. Estos se cuecen con un poco de agua, a fin de abrirlos y separarlos de sus cáscaras o conchas.

Con leche y parte del caldo de los mejillones se prepara una salsa bechamela es-

pesa, que antes de echar la harina (o maizena para espesar) se haya frito un poco de cebolla trinchada en el aceite o en la manteca. El caso es que se sazona bien con sal, pimienta, perejil picado, un huevo duro en pedacitos, algo de queso rallado y mezclar los mejillones enteros cocidos. Se procede a llenar las conchas de modo abundante colocar algunos mejillones por encima, queso o pan rallado y aceite fino por encima, y se gratinan a bonito color en el horno.

Haricot de conejo a la aldeana

Calculándose para un conejo regular, se empieza por poner a cocer 350 gramos o más de judías blancas, secas, puestas en remojo la noche anterior y puestas a cocer según las normas conocidas.

Mientras se corta el conejo en trozos regulares, se rehogan en una cacerola puesta sobre fuego con manteca o aceite. Tan pronto quede bien dorado, se le añade una gran cebolla trinchada, más uno o dos ajos machacados, sal, pimienta, un ramito atado con tomillo, laurel y oregano, más docena y media de cebollitas pequeñas. Una vez todo el conjunto quede bien rehogado, se espolvorea con un poquito de harina, remuévase, y mójese con el caldo de las judías blancas recién cocidas. Déjese cocer más de media hora, y podemos mezclar las judías con el conejo, más una cucharadita de jugo Maggi, rectifíquese de sal, retirar el ramito de hierbas aromáticas, se deja cocer lentamente todavía media hora más, estando la cacerola tapada y queda listo para servirse.

Oviedo, en sus *Quincuagenas*, hablando de los Reyes Católicos, dice:

«Entre otras pequeñas pruebas del mutuo afecto que se profesaban Fernando e Isabel, puede mencionarse que no sólo en la moneda pública, sino aun en sus efectos particulares, en los libros y otros artículos de su propiedad personal, se veían estampadas juntas las iniciales F. I., o bien el blasón de sus empresas, que eran la del Rey un Yugo y la de la Reina un haz de flechas.

Era común — dice el mismo autor — que cada uno de los esposos tomase una empresa, cuya inicial correspondiera con la del nombre del otro, como sucedía en este caso.

Entonces, o bien se estampaba la empresa por medio de un rollo o estampilla antes de la firma, o bien se escribía la inicial de la misma empresa, que como se ha dicho era la del nombre del esposo o esposa respectivos.

MENÚ DE ALMUERZO

Entremeses a la catalana

Sopa crema de maizena a la americana

Conchas de mejillones a la gratén

Haricot de conejo a la aldeana

Helado de chocolate Amatller

Pequeños canalés (pastas secas)

Postres

Helado de chocolate Amatller

Supondremos un litro de helado. Para esto pondremos a cocer un litro de leche con un palito de vainilla. En una cacerola pondremos seis yemas de huevo, 150 gramos del exquisito chocolate Amatller, 40 gramos de Maizena Duryea, 225 gramos de azúcar, un chorrito de leche fría, se trabajan los anteriores componentes con un batidor o espátula de madera hasta que no hayan grumos.

En este punto se le mezcla poco a poco la leche recién cocida, se trabaja con la espátula o cuchara, poniendo la cacerola sobre fuego lento, meneándolo sin descanso hasta que la crema tome una regular espesor, pues no debe cocer. Se retira en seguida y al quedar fría se pone a helar de igual forma que el mantecado, pudiéndose, una vez helado, servirse en copas o platitos de cristal.

Para más ampliación de conocimientos, referente a los helados, adquieran del mismo autor las obras tituladas: *Marichu o La mejor cocinera española*, y también *Dulces y Helados*.

IGNACIO DOMÉNECH

PASATIEMPOS

DEL ARCHIVO DE UN CURIOSO

Origen de una costumbre

La costumbre observada por los grandes de España e imitada por otros nobles de poner la inicial del nombre de su esposa los hombres, y la del marido las mujeres, antes de su respectiva firma, tiene por origen una galantería introducida entre grandes señores en los últimos años de la Edad Media.

Solía tomar cada uno de los esposos una empresa o blasón cuya inicial correspondía con la del nombre del otro; por ejemplo, elegía una mariposa o una manopla el caballero cuya esposa se llamaba María, y ésta adoptaba la de un capacete o un corazón si su esposo se llamaba Carlos, cuyas respectivas iniciales M. y C. corresponden a María y Carlos y a los nombres de las empresas elegidas.

JEROGLÍFICOS

INDUSTRIAL AGRÍCOLA

A 2 O

PRECURSOR

MONJA C

(Las soluciones en el número próximo.)

Soluciones del número anterior:

De la charada: *Aguacero*.

De los jeroglíficos: *Vacantes de canónigo. Remiendo mal cosido*.



Traducción de ADOLPHE FALGAIROLLE y ENRIQUE DE LEGUINA

(Continuación)

Cogidos del brazo y dando cara al mistral, fuimos a sentarnos en la terraza cerrada del café Glacier. Y a través de nuestros *curacasos* se produjo la conversación inevitable en semejante día: la tempestad. Interrogué a Lefebure.

—No he leído los diarios de esta mañana. ¿Qué dicen?

—Nada de nuevo desde ayer; siempre daños materiales y víctimas... Pero al salir de cuarto, ahora mismo, Madec, el operador de la T. S. H., me ha hablado de un largo radio que acaba de capturar y da la explicación del golpe de mar. Se trata de una erupción volcánica submarina. Un cargo, el *Champlain*, yendo de Montreal al Havre, y que ha tenido la suerte de atrapar la gran ola (¡un desnivel de 50 metros, si les parece a ustedes!) por delante y no de costado (en cuyo caso estaba listo), señala que ha reconocido en su horizonte norte una nueva isla, a los 43 grados de longitud oeste y 55 de latitud norte, posición aproximada porque ese buque llevaba dos días navegando sin rumbo entre la bruma... Isla de origen volcánico, evidentemente. Y como allí los fondos son de 4,000 metros, ¡figúrate el desplazamiento de agua que ha debido hacer esa masa de lava, surgiendo desde abajo hasta el nivel del océano!...

Almorzamos en el muelle de Rive-Neuve, en ese restaurant de la Cascada, donde se codean, en el sencillo igualitarismo de Marsella, los cargadores en mangas de camisa y las parejas elegantes a quienes espera el auto en el exterior. Mientras saboreábamos los mariscos y la fatídica *bouillabaisse*, contamos nuestra vida a partir del colegio, hablando cada uno para sí, aunque, en desquite, haciendo como que escuchaba al otro...

Una media hora antes de levar anclas, después de las tres de la tarde, nos dirigimos hacia el *Erebus II*, cuya chimenea humeaba a grandes borbotones.

Una multitud en espera ocupaba el muelle, donde los tranvías, embotellados, tocaban ruidosamente la campanilla; un orfeón entregaba al viento los compases heroicos de sus metales; al borde de la dársena los periodistas ponían en batería aparatos de foto y cinema... Fueron precisos los esfuerzos combinados de dos agentes para abrirnos un paso.

Pero sobre el navío todo parecía en desorden. Los hombres delante y el estado mayor detrás andaban ociosos y boquiabiertos o charlaban en voz baja. Todos tenían los ojos fijos en el comandante Barcot, que recorría la pasarela a grandes pasos, con los brazos cruzados y fruncidas las cejas.

—¡Ya no se marcha!— nos murmuró el mayordomo Nerfi, mientras franqueábamos el saltillo.—Orden del ministerio. El *viejo* está que bufa; desconfíe usted, señor Lefebure... ¡Ah, doctor, se acaba de recibir un despacho para usted por telegrafía sin hilos!... Mire, es Moulec quien lo tiene y le anda buscando... Sí, aquel rubio tan grande que está detrás del servo-motor.

Corrí hacia aquel hombre, recibí la tarjeta azul y la abrí, dándome brincos el corazón...

La firma: «Hans Kohbuler»... El profesor se excusaba por haber faltado a la cita y me ofrecía los deseos suyos y de su hija de un buen viaje...

La cabeza me dió vueltas. Sobre el puente de este navío, entre la gresca de la música y el ronroneo del mistral que hacía palpar el papel en mi mano, creí respirar de nuevo el perfume de Federica y oír su voz querida: «¡Buen viaje, doctor!...» Permanecí largos minutos acodado en la batayola, con la mirada llena de la fascinación del agua reverberante del puerto...

Pero Lefebure volvió y me golpeó en la espalda:

—Ninguna mala noticia, ¿eh, calaverón?... Seguramente tu amiguita... Ya se te ve en la cara... ¡Vaya una suerte!... A propósito... ¿sabes lo que pasa? Sé nos somete a requisa y esperamos a un enviado del ministerio, que es quien ha de decidir... «Estén preparados para aparejar mañana a las ocho», dice el telegrama. El viejo por poco tiene un ataque; quería prescindir de todo y marcharse... Pero espera un instante. Voy a mandar a paseo a todos esos idiotas que nos miran... ¡Nos están molestando con su música... puesto que no se sale hoy!

En esas confusas circunstancias fué mi primer contacto con mis colegas del estado mayor y el personal científico del *Erebus II*. La efervescencia de las hipótesis que corrían sobre la requisa del navío creaba una atmósfera atractiva en la que me encontré englobado en seguida. Y esas horas de charla hicieron más para incorporarme a la sociedad de a bordo que los días de ordinaria frecuentación.

Dos de mis nuevos compañeros (aparte de Lefebure) me resultaban particularmente simpáticos: el mineralogista Isidoro Gripert, joven de treinta años que se interesaba también por la astronomía, y el geólogo-palenteólogo Máximo Vanderdael, un hombre del Norte como yo.

Antes de pasar encerrado a bordo, en el muelle de los Belgas, esta primera noche en que hubiera debido bailablear sobre las aguas del Mediterráneo, aproveché el retardo para enviar a «Hans Kohbuler, Claridge Hotel, Paris», un largo telegrama de los más cordiales. Por una niñería administrativa, el *Erebus II*, que había recibido un sin hilos dirigido a mí, no tenía derecho a emitir despachos privados después de su requisa. Tuve que ir hasta el telégrafo.

Desde las siete y media de la mañana las máquinas estaban con presión y sólo se esperaba al enviado del ministerio y su orden de aparejar. El mistral soplabá siempre con violencia, pero esta vez los desocupados escaseaban en el muelle; ni un periodista ni elemento oficial.

A las ocho en punto, un taxi a toda marcha se detenía ante la pasarela y un capitán de corbeta de uniforme subía a bordo y, después de saludarnos fría y cortésmente, desaparecía en el camarote del comandante Barcot.

Cinco minutos después reaparecieron los dos, hablando amistosamente, y subieron al puente. El comandante, transfigurado, parecía contento a pesar del teórico compartir de su autoridad con el oficial de marina. Pero éste, con las manos en los bolsillos, parecía desentenderse de la maniobra.

El timbre de la máquina sonó. Se gritaron órdenes. Fueron soltadas las amarras y la hélice comenzó a triturar el agua densa del puerto, el muelle se alejó dulcemente y al aumentar la velocidad desfiló ante nuestros ojos el panorama de las dos orillas, mientras se divisaba la perspectiva de la Cannebière.

El transbordador trazó un instante sobre nosotros su arco futurista; se pasó el fuerte San Juan y vacilé al primer golpe de mar. El timbre del telégrafo regulaba la marcha, con las órdenes del comandante: «¡A estribor! ¡Acelerad!...», y el *Erebus II*, con rumbo al sudoeste, tomó su marcha normal de quince nudos, a pesar de la marejada cada vez más fuerte que le cogía de costado.

Afianzado en la batayola del puente superior, salpicado de bruma y asados los ojos por el feroz mistral, veía alejarse las costas de Francia mientras pensaba en Federica...

Comenzaba a sentir los primeros síntomas del mareo cuando sonó un silbato y luego un marinero me tocó en la espalda y me rogó que descendiera.

Encontré al estado mayor y el personal científico congregados delante del oficial de marina y el comandante Barcot.

—Señores — declaró éste, mirándonos con sus ojos claros que brillaban de orgullo, — señores, ¡ya no vamos al Polo Sur! El Gobierno de la República nos envía en misión y tengo el honor de presentarles a M. de Silfrage, capitán de corbeta, que es el portador de las órdenes ministeriales... Estamos encargados de ir a reconocer la isla nueva — provisionalmente llamada isla N., — que una erupción volcánica submarina ha hecho surgir hace tres días en medio del Atlántico...

IV

La isla N.

De los cuatro primeros días de esta navegación sólo guardo el recuerdo de un abominable malestar y haber sido sacudido en mi camarote como en uno de esos coches de feria de absurdos movimientos que se llaman *whips*. Vuelvo a ver el ojo de buey de mi cabina, en un solo minuto dirigido hacia el pálido cielo y hundido en seguida bajo el agua, sumergiéndome en una obscuridad glauca y sepulcral. Recuerdo el rostro del camarero que venía de vez en cuando a ofrecerme en vano la comida, y el de Lefebure, que llegaba chorreando con su negro impermeable y me gritaba desde la puerta:

—¡Vamos, mameluco! ¿Todavía así? ¿Aun no puedes venir a cuidar de tus colegas científicos?

Lo cierto es que todo el mundo podía haber muerto a bordo sin que me importara un pito. Pero el único accidente grave en esos cuatro días fué la desaparición del geólogo Vanderdael, a quien se llevó un golpe de mar... Y cuando lo supe no pude menos de sentir sinceramente el fin de mi simpático e infortunado compatriota del Norte.

No fui yo la única víctima del mareo. Hubo estragos entre los científicos, y aun quedaban tres plazas vacías en el comedor cuando reaparecí al *breakfast* del 12 de septiembre. La mar estaba picada, pero ya no me sentía enfermo y tenía un apetito de oso blanco.

Siguiendo la costumbre de los navíos que pasan los largos meses de la invernada en la banca polar y en los que se procura agrupar a los miembros de la expedición, tanto para combatir el frío con más eficacia como para estrechar los lazos de la camaradería y crear una atmósfera de unión humana contra la hostilidad de los elementos, los diez y siete miembros del estado mayor (salvo los que estaban de cuarto) y del personal científico, comían reunidos en la misma mesa, presidida por turno por el capitán de corbeta o el comandante Barcot.

—¡Creía que tenía aptitudes marineras, doctor! — dijo éste con ironía al verme entrar.

Pero esta fué toda su venganza y debo confesar que en adelante el rencor por mi nombramiento se disimuló bajo la más perfecta cortesía, que, por lo demás, practicaba fuera de sus raros accesos de cólera, en que se hacía de una grosería sorprendente y juraba (es verdad que en inglés) hasta el punto de hacer olvidar a un mayordomo yanqui.

Mi burlón amigo Lefebure estaba de cuarto, y mis vecinos, el mineralogista Griper y el operador de T. S. H. Madec, se entregaron a inofensivas bromas. El descubrimiento de la isla hacia la cual íbamos no era un fin tan heroico en apariencia como nuestro primitivo destino; pero su interés bastaba a mantenernos en

un humor cordial e indulgente. Además, los científicos veían en mí a un compañero y el personal de marina concedía al médico de a bordo — personaje reverenciado casi tanto como el «amo después de Dios» — una consideración a la que las gentes de tierra no me habían acostumbrado.

Llegábamos a la probable situación de la isla, pero las coordenadas — longitud y latitud — facilitadas por el vapor *Champlain* resultaron falsas; nuestras pesquisas continuaron en vano durante dos días, marchando a la aventura hacia el Norte.

Aunque la tempestad disminuyera y tan sólo quedara una gran mar de fondo, sin crestas espumosas, el horizonte permanecía absolutamente desierto, bajo el cielo fuliginoso. Los servicios trasatlánticos no habían sido restablecidos después del ciclón y, por otra parte, a creer a los radios, la marina de los Estados Unidos estaba «destruida en la práctica» y muy castigada la europea.

Desde la salida de Marsella, las noticias de Francia y América capturadas por nuestra antena nos habían dicho poca cosa, fuera de los enormes daños causados por el océano a consecuencia de la «erupción volcánica». Todos los países organizaban suscripciones en favor de las víctimas del ciclón y se hablaba mucho más de éste que de la isla N. Hasta parece que ciertos periódicos ponían en duda su existencia y la consideraban un *canard*. Con todo, según una moción del delegado de Francia, el Consejo de las Naciones se ocupaba de saber a qué país le sería confiado el mandato de esa nueva tierra. Pero, aunque mandábamos nuestros mensajes por el código secreto, ninguna estación decía palabra de la misión del *Erebus II* y navegábamos de incógnito hacia la isla con muchos días de anticipación sobre nuestros posibles competidores, aun en el caso improbable de que cualquiera otra nación hubiera tenido otro buque equipado para un remoto crucero.

Fué el 14 de septiembre cuando llegamos a la vista de la isla N. — a unas doscientas millas al noroeste de la posición indicada — con un cielo cubierto y tiempo malo. El frío era extraordinariamente vivo para la estación. Una brisa del nordeste soplabá como enviándonos el hálito de la brisa polar. La lluvia caía intermitente, arañándonos el rostro bajo los capuchones de los impermeables. Hacía media tarde resonó el grito de:

—¡Tierra a estribor!...

Cuando los profanos la distinguieron, vieron una especie de cono nevado que se elevaba sobre un zócalo de negros acantilados que se destacaban con vigor sobre el fondo plumizo del cielo.

La isla podía tener seis kilómetros de largo y el pico noventa y cinco de altura. Pero lo que nos sorprendía es que no lanzara ninguna humareda, ningún vapor.

—¡Es divertido de todos modos! — gruñía Lefebure —, ¡Es divertida esa isla volcánica! He visto una en 1909, en las islas de la Sonda, no lejos del famoso Krakatoa... Pues bien, sólo tenía algunos centenares de metros de longitud y a penas se elevaba sobre el nivel del mar. Se hubiera dicho que era una gran ballena dormida... Pero humeaba aquella, te aseguro, humeaba como diez fábricas por todos los poros y eso aun dos meses después de su aparición...

Rectificando la marcha para dirigirse directamente hacia su objeto, el *Erebus II* había reducido su velocidad. Con los gemelos en los ojos los dos comandantes escrutaban la isla buscando un punto donde tomar tierra. Sobre el puente, al lado de ellos, un timonel con los auriculares del aparato de sondear por los ultra-sonidos, anunciaba en alta voz las profundidades.

El comandante Barcot esperaba llegar de un momento a otro, sobre la meseta submarina que lógicamente debía servir de asiento a la nueva isla. Pero no aparecía por ninguna parte: los fondos se mantenían entre 3,000 y 4,000 metros.

Sin embargo, aun a simple vista, la isla se iba distinguiendo perfectamente. El cono, en su parte inferior desprovista de nieve, aparecía de un rojo obscuro, salpicado de amarillo y de muy distinta naturaleza que el zócalo, formado por una roca negra hendida por las fallas. Unas de ellas permitiría, tal vez, el acceso hasta la meseta que rodeaba la base del nevado pico.

Lefebure me hizo observar la forma extraña de éste último:

—Exactamente la silueta del monte Corcovado, en Río de Janeiro, cuando se le contempla desde la avenida Botafogo... Pero la silueta solamente, no el color... ¿De qué diablos será ese falso Corcovado? ¡Se podría jurar que es de caoba salpicada de pajillas de oro!

(Continuará)

RAMÓN TERMENS BADAL

Material de archivo moderno
Carpetas, Indices, Fichas
Muebles de madera y metal
Ficheros de cartón y madera



Sistema Leo, Marca registrada

Unica casa en España dedicada exclusivamente a este negocio y con talleres propios de ebanistería y artes gráficas con todos los adelantos para la manufactura de su material. Más de 5,000 instalaciones en toda la nación. Solicite catálogos y datos, que enviamos gratis. Casa la más económica de España

Ronda de San Antonio, 84 : Teléf. 1905 A.



BANCO DE VALORES Y CRÉDITO

Ronda Universidad, 37 (junto Plaza Cataluña) BARCELONA

Toda clase de
operaciones
de BANCA
y BOLSA



TELÉFONOS
A - 956 (Dirección)
A - 976 (Oficinas)



Dirección telegrá-
fica y telefónica:
Valorsbank
Apartado 821

UNA OBRA INTERESANTE

CUERPO DEL DERECHO CIVIL ROMANO

A DOBLE TEXTO

Traducido al castellano del latín. Publicado por los hermanos Kriegel, Hermann y Osenbrügen, con las variantes de las principales ediciones antiguas y modernas y con notas de referencias por D. Ildefonso L. García del Corral

Esta obra consta de 6 tomos en 4.º mayor, divididos en la siguiente forma: Tomo I, Instituta Digesto; II, Digesto; III, Digesto; IV, Código; V, Código; VI, Novelas

Precio de la obra : Encuadernada en rústica, papel fuerte, **150 pesetas**; pasta española, **183 pesetas**; medio pergamino puntas, **183 pesetas**

A plazos : 10 por 100 de aumento sobre este precio

Pida usted prospecto, contrato y detalles, a su librero o a
EDITORIAL LUX : Consejo de Ciento, 347 : BARCELONA

"Continental"

Agentes: Orbis S.A.,
Clarís 5, Barcelona



la mejor máquina de escribir
90 tipos

MENORCA, la isla balear, mundo caótico de piedras druídicas y de dulces paisajes melancólicos, isla maravillosa y extraña, azotada por el mar y por los vientos, con sus ciudades de cal y su roja montaña solitaria como una gran hoguera de piedra, sirve de grandioso escenario a la nueva novela de Mario Verdaguer,

PIEDRAS Y VIENTO

en donde el alma de los personajes, como las rachas violentas de la Tramontana, pasan por aquella tierra dura, llena todavía del espíritu ancestral.



Leyendas, historia, la vieja Inglaterra dominadora y colonial, los hombres diversos, las razas distintas, el pasado y el presente se unen y entrecruzan en el hervidero apasionante de la trama llena de insospechado interés dramático y de una factura nueva y complicada. * No dudamos que esta novela ha de causar una honda impresión a los amantes de la bella literatura que con tanto entusiasmo han acogido las anteriores producciones de este autor, considerado por la crítica y el público hispanoamericano como una de las más interesantes figuras de la literatura española contemporánea.

DEL MISMO AUTOR

LA ISLA DE ORO. Novela de pasión y de paisajes.
(segunda edición)

EL MARIDO, LA MUJER Y LA SOMBRA. Novela poliédrica.

EL ALUCINADOR DE SERPIENTES. Teatro de feria.
Pregón de Ramón Gómez de la Serna

Unas novelas que son muy recomendables por su moral y amena lectura



LA NOVELA MENSUAL

- N.º 1. La raqueta embrujada, Henry d'Asfeld, 1 peseta.
- » 2. Trenzas de Abril, Paulina Elman, 1 pta.
 - » 3. Murks prepara su boda, Scherman, 1 pta.
 - » 4. Veleidosa, Enrique de Leguina, 1 peseta.
 - » 5. El error de Colette, Eveline Le Maire, 1'50 pesetas.
 - » 6. Magdalena, Julio Sandean, 1 peseta.
 - » 7. Jocelyn, A. de Lamartine, 1'50 pesetas.
 - » 8. La casa de las pulgas, Abel King, 1 pta.
 - » 9. El gran amor, Guy Chantepleure, 1'50 pesetas.
 - » 10. Novios sin saberlo, Tomás Orts-Ramos, 1 peseta.
 - » 11. La conquista de la dicha, Champol, 1'50 pesetas.
 - » 12. Amor en el camino, María Luz Morales, 2 pesetas.
 - » 13. Nuria, la del velo de novia, Adolfo Falcón, 1 peseta.
 - » 14. Una hora de «firt», William Morton, 1 peseta.
 - » 15. Amor subconsciente, Berta Ruck, 1'50 pesetas.
 - » 16. La institutriz, Eugenia Marlitt, 1 peseta.
 - » 17. Las dos Rosas, Carlota Braemé, 1'50 ptas.
 - » 18. Eva Glayton, Carlota O'Neil, 1 peseta.
 - » 19. Ladrón de amor, Marc Mario, 2 pesetas.
 - » 20. Último amor, Jorge Onhet, 1'50 pesetas.
 - » 21. El amo después de Dios, René d'Anjou, 2 pesetas.
 - » 22. El Caballero Bella-Rosa, 1'50 pesetas.
 - » 23. Buena amiga, De Rouget, 2 pesetas.



Puede usted adquirirlas en las mejores librerías y kioscos o en
EDITORIAL LUX : Consejo Ciento, 347 : BARCELONA